



ACAPULCO DEALER

CRÓNICAS DE LA NARCOTRÁFICO EN GUERRERO

DAVID ESPINO

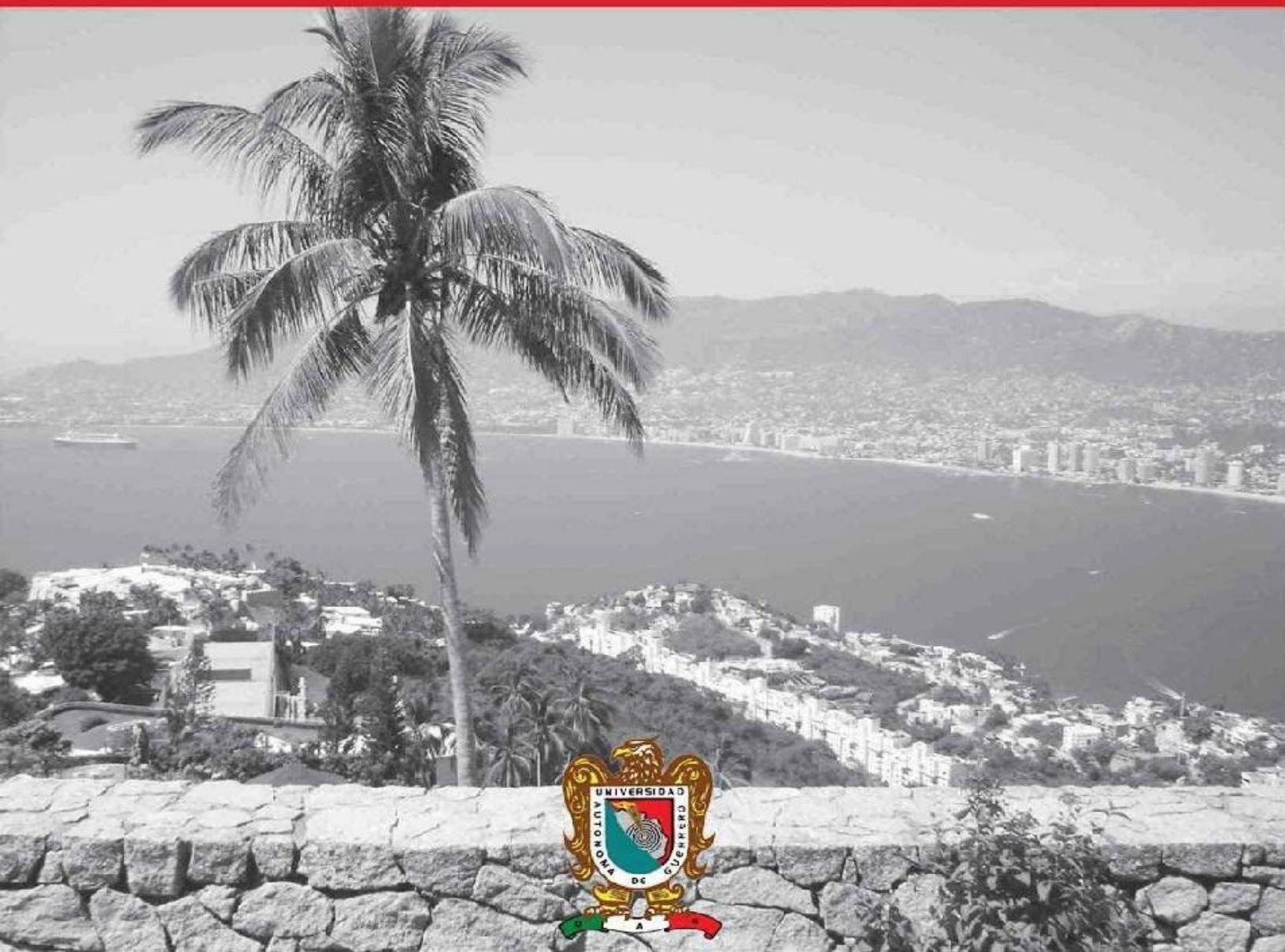


Table of Contents

[Legal](#)

[Acerca del autor](#)

[Acapulco dealer](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[El espectáculo atrás de la violencia](#)

[Una boda en La Quebrada](#)

[Show y conmoción](#)

[Escarnio](#)

[Acapulco dealer](#)

[El Tony y La Garita](#)

[Espejismo cosmopolita](#)

[El dealer](#)

[La fama de la negra](#)

[Yolanda](#)

[Jinetes del liberalismo](#)

[Acuérdate de Acapulco](#)

[Un pueblo de paso](#)

[Preludio de muerte](#)

[Violencia y desesperanza](#)

[3](#)

[2](#)

[1](#)

[0](#)

[Los blancos del narco](#)

[Golpe en los ranchos](#)

[Si te hace parada la muerte](#)

[La hoz y el arado](#)

[Ni con dinero la libras](#)

[Bienvenidos a Guerrero](#)

[El hilo conductor](#)

[Abrazos vs la narcoviolencia](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[I. Adiós a los dólares](#)

[II. La ciudad más insegura](#)

[Colofón](#)

Primera edición digital, 2011

Imagen de portada:[prayitno](#)

© David Espino por la obra y la edición

Digitalizado en México por Biblits.

Felicidades, tienes un libro digital en tus manos. Quizá te lo encontraste por ahí o algún amigo te lo prestó. Si este es el caso, te invitamos a Biblits.com para que veas los libros que tenemos en nuestro catálogo. Recuerda que si compras un libro ayudas a su autor y a la editorial a seguir produciendo más libros que después podrás disfrutar. Disfruta la lectura.

Acerca del autor



David Espino, sierra de Atoyac, Guerrero, (1972). Reportero desde 1992. Ha publicado en *El Nacional de Venezuela*, *Milenio Diario*, *El Sur*, *La Jornada Guerrero*, *Semanario Trinchera*, *Replicante* y en el blog *Nuestra Aparente Rendición*. Es miembro de Cosecha Roja, la red iberoamericana de periodismo judicial auspiciada por la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Ha sido profesor de periodismo en la Universidad Autónoma de Guerrero y en la Universidad Loyola del Pacífico. Tiene maestría en Ciencia Política por el Instituto Internacional de Estudios Políticos Avanzados de la UAG y actualmente es freelance para diversos medios del país y el extranjero. [Mantiene el blog reporteroerrante.blogspot.com](http://reporteroerrante.blogspot.com)

Acapulco dealer

Crónicas de la narcoviolencia en Guerrero



David Espino

Índice

[Legal](#)

[Acerca del autor](#)

[Acapulco dealer](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[El espectáculo atrás de la violencia](#)

[Una boda en La Quebrada](#)

[Show y conmoción](#)

[Escarnio](#)

[Acapulco dealer](#)

[El Tony y La Garita](#)

[Espejismo cosmopolita](#)

[El dealer](#)

[La fama de la negra](#)

[Yolanda](#)

[Jinetes del liberalismo](#)

[Acuérdate de Acapulco](#)

[Un pueblo de paso](#)

[Preludio de muerte](#)

Violencia y desesperanza

3

2

1

0

Los blancos del narco

Golpe en los ranchos

Si te hace parada la muerte

La hoz y el arado

Ni con dinero la libras

Bienvenidos a Guerrero

El hilo conductor

Abrazos vs la narcoviolencia

SEGUNDA PARTE

I. Adiós a los dólares

II. La ciudad más insegura

Colofón

Para Cristian, Santiago y Leila

Para Nely, por supuesto

*Comprender qué significa lo atroz,
no negar su existencia,
afrontar sin prejuicios la realidad.*

Hannah Arendt

PRIMERA PARTE



El espectáculo atrás de la violencia

Una turista regordeta y prepotente toma fotografías con su celular para ella y por encargo, mete su brazo derecho, bronceadísimo, a la ventanilla desde donde asoma la cara del ejecutado que más bien parece dormido. Si no fuera porque su camisa está chorreada de sangre en la espalda y está tan flácido como un pajarito muerto, se pensaría que Mario René Guerrero Quesada está dormido.

La turista hace lo suyo adentro del perímetro de seguridad de cinta amarilla que los peritos de la Procuraduría General de Justicia del Estado colocaron para salvaguardar la escena del crimen. Le dicen que salga pero ella se molesta, incluso discute con una joven con guantes de látex cuando le reclama que no se recargue en el vehículo. Luego pide, casi grita, cuando otro la empuja porque casi se mete a donde está el muerto, que la traten como una dama. De afuera, los curiosos que no se pudieron colar le pasan sus celulares y ella toma más fotos. "Es lo más cerca que se puede", dice y le agradecen.

No es la única, como ella al menos seis turistas –por sus fachas los conoceréis– burlaron la seguridad de los peritos, los policías federales preventivos, los tránsitos, los policías ministeriales, los agentes de ministerio público, los oficiales del Ejército uniformados y de civil, los efectivos de la Agencia Federal de Investigaciones uniformados y de civil, que también hacen preguntas por todos lados como los reporteros, sin que nadie dé con lo que pasa.

¿Será la nueva atracción que oferta Acapulco? Se duda. ¿Se está acostumbrando la gente a ver estas escenas? Así parece; o, peor aún: ¿tienen que acostumbrarse? En lo absoluto. Pero cuando se llega al lugar del crimen, decenas de lucecitas --las lámparas de los celulares de última generación en busca de una imagen para el álbum vacacional en su apartado de extremas– iluminaban a la camioneta gris oscuro con placas VHP-8571 de Sinaloa impactada en la parte trasera del taxi 4121 cuyos tripulantes, el conductor con su esposa y sus dos hijos, no daban crédito a lo que pasó atrás de ellos.

Incluso la señora aún con crisis nerviosa, sentada en la acera cercana al Blockbuster donde la dejaron los socorristas de la Cruz Roja luego de tomarle el pulso cardiaco y la presión arterial, cuenta que alcanzó a escuchar el sonido de los disparos, el rechinar de llantas y de inmediato fueron embestidos por la camioneta donde Mario René agonizaba. Su marido bajó para verificar quién lo había golpeado pero cuando dimensionó el problema, la hizo bajar del taxi junto a sus niños.

Muchos rumores cunden en el ambiente. Hay quienes dicen que vieron a tres hombres en un Neón blanco sin placas seguir a la Liberty y que desde allí dispararon. Que no, que fue por ambos lados, que unos ya lo estaban esperando en la puerta del restaurante Vips del centro comercial Gran Plaza, en plena Costera, y que desde allí le tiraron con sus armas de grueso calibre. Hay quienes juran, incluso, tener la foto del coche donde iban los sicarios, pero cuando se les pide mostrarlas sólo se distinguen sombras y con éstas las risas de los acompañantes y de otros curiosos.

Esto parece una feria, un show en el que todos quieren estar en primera fila. Es el espectáculo atrás de la violencia que se hace más grande cuando llega la camioneta del Servicio Médico Forense con su olor a formol. Entonces los que se quedaron fuera se meten tras de ella porque saben que es la hora del levantamiento cadavérico –dicen los semejos–, y perderse la foto estando en la escena del crimen, sería como venir a Acapulco y no subirse a la Banana.

Es un barullo grande, como de una pelea de gallos. No se ve en la cara de los transeúntes espanto sino curiosidad; no hay consternación sino sorpresa. Los forenses se meten a la camioneta y manipulan al cadáver con maestría. La gente se arremolina para ver quién es, si trae armas o si acaso se le alcanzan a ver las heridas. Una médico le grita a su asistente por su apodo para que le ayude a voltear a la víctima y aquél llega a empellones entre el gentío que no se abre. Entran los tránsitos y empujan... los policías federales preventivos no se meten. Vigilan pero no se involucran.

–¡Con cuidado!, ¡con cuidado!, que no se golpee la cabeza –instruye la médico que coordina la acción, mientras dos hombres colocan el cadáver en la camilla para llevarlo a la camioneta. Lo cubren inmediatamente con una bolsa de plástico negra y empieza una marcha fúnebre. Brevísimo el rito. Atrás las miradas. Las últimas, amontonadas, perdidas. Ven todo y nada, como los juguetes de playa fluorescentes tirados en la maletera, aún con arena y agua salada que ya nadie ve.

Luego el éxtasis, el punto culminante, y luego la gente, satisfecha su curiosidad, poco a poco se retira.

Una hora y media antes. Antes de la llegada de todos, del Ministerio Público con peritos y forenses, de militares vestidos de civil y uniformados, y de policías de todas las corporaciones, un agente de tránsito apagó la música del estéreo de la Liberty que ya nadie escuchaba. El reloj digital marcaba con número verdes las 11:25 de la noche del 5 de abril de 2006.

Una boda en La Quebrada

Un par de pelícanos surcan el cielo rojizo de las 6:30 de la tarde en La Quebrada de Acapulco. Planean con el viento en favor mientras se espejean en el océano Pacífico inmenso, profundo. En el fondo el sol se va, segundo a segundo se mete en el mar donde por fin se apaga. Abajo, a flor de suelo, el exalcalde de Treen Hill, Ontario, Canadá, Héctor McMillan espera a su esposa Sandra para celebrar sus 25 años de casados en el lugar que – según un vocero de la comuna de Acapulco- tienen 21 años visitando y donde la pareja decidió festejar sus bodas de plata pese a la campaña que hay en su país contra este puerto por el crimen de un joven turista canadiense el 7 de febrero de 2007, golpeado en la exclusiva discoteca Mandara y a la salida del antro atropellado por un taxi en la avenida Escénica, tras lo cual murió en el hospital regional del IMSS.

Pero ahora nadie se acordó de eso. Es más, el espectáculo principal de la internacional Quebrada fueron unos 20 canadienses de traje y vestidos de cóctel que estuvieron en uno de los miradores suspirando tras los cánticos del pastor evangélico que oficiaba la misa. Oían sin comprender parte del Génesis, el primer libro de la Biblia, que leía en español el religioso. Incluso, el alcalde en funciones de Treen Hill, Bill Tomson, les hizo la distinción de acompañarlos. Acaso sin saber que a unos metros de distancia, la madrugada del 24 de noviembre de 2005, cuatro hombres fueron ejecutados con Cuernos de Chivo -AK-47, el característico estilo de matar de los narcos- en uno de los primeros hechos que inauguraron la guerra sin cuartel de los carteles de la droga en las calles porteñas.

Los hombres bebían tequila y cerveza y oían música junto al estruendo de la marea de la 1:15 de la mañana cuando fueron sorprendidos por cuatro sicarios que les dispararon con sus kaláshnikov desde un automóvil en movimiento. Un reporte policiaco dio cuenta que los muertos fueron Óscar Félix Serrano García, Pedro Hernández Chavarría, Marco Aurelio Díaz Parra y Remigio Hernández Popoca. La escena fue especialmente sangrienta porque los cuerpos quedaron esparcidos en diferentes puntos del lugar, como si hubieran intentado huir y hasta allá hayan ido a matarlos. Uno estaba en la parte posterior del piso de una camioneta X Trail, dos estaban en el suelo atrás de un vehículo Jaguar sin placas y con permiso de circulación del DF, otro se localizó atrás de un automóvil BMW, y hasta unos zapatos de mujer blancos de plataforma estaban en el sitio; quien los calzaba, Anette Morán Brito, fue herida de gravedad y tuvo que ser internada en un hospital privado.

Nadie acaso hubiera pensado que unos meses después una pareja de funcionarios de Canadá, acompañados de la comunidad de coterráneos radicados en Acapulco, elegirían este sitio para celebrar sus bodas de plata. Ni pareció preocuparle a alguien. Ahora lucieron los ojos azules y el pelo rubio de los invitados. Y hasta el presidente municipal Félix Salgado Macedonio fue testigo de honor, aunque éste sí, con su comitiva de policías preventivos y su interrupción repentina al momento que se retiraba el reportero de televisión y él, para salir

en el noticiero nocturno, quiso entregar un arreglo de rosas que ya un colaborador tenía preparadas.

Félix Salgado rompió el ambiente impregnado del suave golpeteo de la marea y apresuró el beso de los novios y la ceremonia misma. Posó ante cámaras entregando las flores y los espectadores de todos lados gritaron que ya se dieran el beso. La novia, que llegó oronda media hora antes con un fondo nupcial de órgano y un vestido color hueso, no se hizo de rogar y le dio un beso grande a su esposo, el político. Lo demás fue trámite. El pastor terminó de leer los versículos bíblicos ante la cara atónita de la pareja y luego éstos refrendaron su compromiso con unas palabras en inglés que si no fuera por el “i love you” no hubieran sido comprendidas por la mayoría de curiosos de los alrededores.

Luego llegaron los flashes de las fotos del recuerdo y el anuncio del exclavadista Juan Obregón –amigo del exalcalde desde hace un par de décadas y traductor ocasional cuando el pastor se lo pedía– de que habría una exhibición de clavados como parte de la ceremonia. Para cuando esto empezó, Félix Salgado ya había abordado su Mustang Mach 1 modelo 73 y emprendió la retirada. En La Quebrada se escucharon los aplausos para los clavadistas que, adueñados de ese pedazo de mar, ya eran el centro de atención.

Show y conmoción

A unos metros de donde revientan las olas, el tableteo de las avtomat kaláshnikova 1947 – conocida como AK-47 o, mejor aún, como Cuerno de Chivo– interrumpieron la interminable fiesta en la que vive Acapulco, cuando presuntos sicarios al servicio de Edgar Valdez Villareal, La Barbie, atacaron a miembros de la Policía Federal a bordo de una patrulla que transitaba por la Costera y causó seis muertos y cinco heridos.

Acapulco fue tan vulnerable a las 3:30 de la tarde del miércoles 14 de abril de 2010, que lo mismo perecieron acribillados un policía jugándose el pellejo, un taxista sudando la jornada sobre el asfalto, un abogado empapelado de litigios, que dos menores escolares y su madre, cándidos y ajenos a la guerra cruenta entre narcotraficantes por la plaza para la venta y trasiego de drogas y de éstos contra el gobierno, que busca recuperar las calles de quienes no le han mostrado el mínimo respeto. En esta lucha descarnada también fueron heridos cinco transeúntes, entre ellos, tres turistas aún con arena metida en las orejas, húmedos del calor y la sal del mar.

De pronto, el paraíso de sol resplandeciente y azules aguas fue un campo de guerra y no sólo por los automóviles apilados, los cristales rotos y la sangre que desaliñó el podado césped, el pavimento y el hormigón, sino por el centenar de federales, preventivos y marinos que ocuparon la gran vía embozados y haciendo aspavientos con sus armas largas. La manzana Dorada de Acapulco en estado de sitio por cinco horas.

Esta vez fue conmoción y no espectáculo. Los conductores de los camiones urbanos, famosos por su estridente música de reguetón en sus vehículos, hicieron apagar sus aparatos de sonido y las jóvenes fashion y los muchachos metrosexuales que se pasean entre los espejos limpísimos de Galerías Diana –uno de los centros comerciales más caros y nice del puerto– quedaron atónitos ante lo que pasaba casi frente a su tienda favorita. Incluso, esa noche, el gran bar en el que se convierte esta zona acapulqueña bajó sus cortinas. Los antros que ofrecen show para caballeros y las cantinas de tragos efímeros lucieron vacíos. Los parroquianos prefirieron la seguridad de sus viviendas y las chicas de los tables dance brindaron solas con el diyéi. La casa perdió ante el voluntario toque de queda.

En medio de una confusión bélica, del pavor característico que le sucede a un terremoto, nadie supo bien a bien qué pasaba. Las versiones fueron contradictorias, aun (sobre todo) las proporcionadas por las instancias de seguridad pública. De entre los que vivieron para contarla hay quienes aseguran haber visto cuando los pistoleros se bajaron de la camioneta con sus Cuernos en todo lo alto para rematar al abogado Fernando Galeana

Mendoza, objetivo central de su incursión y por el que se desató luego la balacera. Dicen que los cristales del vehículo compacto volaron en mil pedazos y éste quedó montado sobre el taxi colectivo cuyo conductor tuvo la fortuna de salir con vida, aunque otro taxista, José Cisneros García, que también estuvo en la mala hora no corrió con tanta suerte. Incluso dicen haber visto cuando dispararon a quemarropa contra la camioneta gris donde regresaban del colegio Carlos Miranda Delgado de 12 años, su hermana Mireya Monserrat de 8 y su madre Laura Delgado Turlor, porque atrás de ésta se escondieron los policías federales al momento que se dio el cruce de fuego. Quizá por eso el parabrisas quedó destrozado por las ojivas 7.62, una de las cuales alcanzó al policía Mario García del Ángel que cayó de brúces, el último aliento de vida yéndosele por un surco de sangre.

La Secretaría de Seguridad Pública dio un mensaje ambiguo en el que no aseguraba nada y todo a la vez. Que iban a levantar a un hombre y los policías, prestos como siempre a sus buenos oficios, trataron de impedirlo. Qué no, que no fue la imprudencia y la impericia de los agentes los que propiciaron la balacera, sino que los sicarios al verse descubiertos los empezaron a atacar y los policías no tuvieron más remedio que repeler la agresión, a pesar de la hora pico y la zona turística de alto impacto mediático en el plano internacional en la que se encontraban. Que de todos modos atraparon a uno de los pistoleros al servicio de La Barbie y que decomisaron vehículos y rifles de asalto, chalecos tácticos y municiones y, claro, que lamentaban la pérdida de vidas inocentes en tan deleznable suceso.

Al final de todos los destrozos y las vidas truncadas, quedó la averiguación previa PGR/GRO/ACA/M-I/144/2010 por violación a la Ley Federal de Armas de Fuego y Explosivos y no por homicidio calificado, contra –como dice la jerga lingüística judicial– quien resulte responsable.

La firma final la puso la Procuraduría General de la República.

Escarnio

Un hombre semidesnudo escupe sangre frente a una cámara de video que lo graba. Tres más lo interrogan a golpes sobre las matanzas en dos comandancias policiacas de Acapulco, ocurridas hacia dos meses, en febrero de 2007. Tiene inscripciones hechas con plumín negro en su cuerpo robusto. En la frente una Z, igual que en el pecho, pero mucho más grande. Abajo del tórax una advertencia: "Bienvenidos mata mujeres y niños", y bajo el ombligo: "Sigues Ostión". En la pierna derecha los nombres de "Lazcano" y "Hummer" y en la izquierda "Z-14" y las siglas "RIP o QPD". Son mensajes en carnaza entre la mafia mexicana: el cártel de Sinaloa y el cártel del Golfo, en conflicto desde 2005 por los territorio de Guerrero y el balneario tropical de Acapulco, para el trasiego y venta de drogas.

La grabación que estuvo alojada en la página de Internet Youtube: www.youtube.com/watch?v=ULVYurYMBAU se titula: "Haz patria, mata un Zeta". Al pulsar play se lee de inmediato: "Este si es un video real, no las pendejadas que acostumbran subir los mugrosos de Los Zetas. A los pendejos que quieran venir a buscarnos esto es lo que les va pasar". Entonces aparece el hombre atado de pies y manos a una silla de metal confesando quién ordenó el ataque del 6 de febrero de 2007 en Acapulco en el que 12 hombres vestidos de militar bajaron de una camioneta Suburban verde oscuro y entraron, primero, a la comandancia de Ciudad Renacimiento, pidieron las armas con el argumento de una revisión a sus licencias y mataron a los que estaban: dos policías y una secretaria.

Fue temprano en la mañana, a las 9:50. Los sicarios se dieron tiempo de dejar un mensaje en una cartulina: "A nosotros nos vale madre el gobierno federal. Y esto es prueba de ello". Luego salieron, preparon en el vehículo y se dirigieron a la comandancia de la colonia Zapata, a un par de kilómetros de allí. Entraron igual, desarmaron a los ministeriales y fusilaron a otros dos policías, una secretaria y un agente del ministerio público.

Fueron siete muertos en menos de una hora.

El video del interrogatorio que antecede a la decapitación, el primero visto en 2007 en Youtube, un sitio de acceso abierto de Internet, sólo tarda cinco minutos con 16 segundos:

–¿Tú participaste?, ¿quién dio la orden? --interrogan los captores de quienes en el video sólo se ven los torsos.

–Yo nomás iba manejando –responde– y los que dispararon son El Chilango y El Borracho; mataron a todos. A esta gente no les gusta matar niños ni mujeres. A mí me regresaron, no participé.

Se escucha en segundo plano música norteña. Narcocorridos. Insiste: "nomás entré a recoger un Cuerno (de Chivo) que había allí y lo subí al cofre del carro (...) ellos mataron a los ministeriales, mataron a una secretaria y a mucha gente que estaba allí".

Más preguntas y más golpes. El interrogado precisa: "los matamos por órdenes de Lazcano (Heriberto Lazcano Lazcano, El Lazca). Él dio la orden y la confirmó El Ostión... matamos a un ministerial y a una secretaria; había gente de ahí mismo y a todos los arrodillaron en un cuarto, entonces vino El Chilango y los mató a todos. No fue por otra cosa que ese Chilango está mal de su cabeza".

Un silencio breve, luego aparece en la escena otro hombre con un guante de látex. Se nota mucho más impaciente, no da espacio a concesiones cuando lo interroga. Menciona nombres que no se escuchan con claridad.

-¿Tú también ibas con ellos? -grita.

-Sí pero no maté yo a nadie. A niños menos ni a mujeres (...).

-Tú andas con ellos, participas también -acusó y le da un puñetazo en la cara.

-Yo nomás (inaudible)... esperé a que salieran.

-Pero quién te lo ordenó, quién participa -le inquiere nuevamente junto a otro golpe. El hombre atado balbucea pero no se entiende lo que dice. Luego se oye: "estoy participando con ellos".

-¿Y quién más te mandó? ¿Quién es ese Ostión? ¿Quién más?

-El Ostión y El Miky. El Ostión dio la orden y el El Miky la acató y me dijeron "súbete con El Chilango y El Borracho" y... me subí.

-Fuiste tú -le grita y le da más golpes con la palma abierta.

-Ellos me ordenaron -dice pero otro puñetazo lo interrumpe-, ...porque ellos mataron a mi familia.

-No te hagas pendejo.

-No, te puedo asegurar que no. No te estoy engañando, te estoy diciendo la verdad - ruega.

-¿A quiénes mataron allí? -vuelve a preguntar.

-Mataron a las secretarias, arrodillaron gente en un cuarto y mataron a los que encontraron allí. No mataron a comandantes, mataron creo a ministeriales de segunda, iban por su primo de él -no precisa de quién, pero sería algún jefe policiaco.

-¿Pero a cuántos eran a los que iban a matar? Tú los mataste junto con ellos. ¿A cuántos mataron?

-Matamos a las secretarias, a los que estaban adentro. Al primo de ese señor que se nos escapó. Él es Ministerial y lo andan buscando Los Zetas para matarlo. Es todo, de ahí salimos.

Es lo último que dice y queda solo en la imagen. Los narcocorridos se siguen escuchando como fondo. Viene otro corte del video que se percibe por el salto de la música y entonces la escena de la decapitación. Dos hombres aparecen atrás de la silla donde está el hombre amordazado, colocan alrededor de su cuello un cinturón. Por atrás, sobre la nuca, dos tubos de metal sobresalen como torniquete. Uno de los hombres sale de la escena, la cámara le capta medio cuerpo claramente: viste de negro y se alcanza a apreciar su reloj de pulso y un bulto en la cintura que pudiera ser una pistola. El que se queda gira el tubo a la derecha en un primer intento de estrangularlo pero no lo logra. Otro giro a la izquierda y entonces lo consigue. Aprieta los alambres hasta dar dos giros completos. La cara del hombre se descompone. Morada, la lengua de fuera, cae sobre el pecho sin nada que la sostenga. Luego aquel sonido. Como de alguien que se ahoga. Que grita bajo el agua. Viene un corte más al video y entonces aparece el cuerpo sangrante y sin cabeza.

Un fondo negro, completo, por un par de segundo. Después sobre éste una leyenda roja: "Sigues tú Lazcano".

No hay ninguna muerte que se le asemeje a la decapitación. El flujo sanguíneo escapa incontrolable del cuerpo y la cabeza. Se muere al instante cuando es un solo tajo, certero, inesperado. Pero cuando se corta de a poco el cuello, entonces el sufrimiento es como de un ahogado en el agua. Los pulmones se van quedando sin oxígeno y luego se inundan de sangre. Hay pánico... ansiedad. El cerebro nunca pierde la noción de lo que pasa, hasta que está separada totalmente del resto. Pero lo peor no es eso, sino la certeza de que se habrá de morir y de qué forma.

En el glosario de nombres inscritos en la carne del muerto aparecen el de Lazcano, a quien la oficial Procuraduría General de la República lo tiene registrado con el alias de El Lazca o Verdugo y se trata –según la dependencia federal– del lugarteniente y jefe de Los Zetas, el brazo armado del cártel del Golfo nacido en Tamaulipas, en el norte de México, frontera con Estados Unidos. Algunos de sus miembros, según informes policiacos y de inteligencia militar, son exintegrantes del Ejército mexicano y de las Fuerzas Armadas. En 2005, una célula de 120 zetas emigró a Guerrero para ampliar su territorio, encabezada por Antonio Cárdenas Guillén, El Tony Tormenta, hermano de Ossiel, preso en 2003 y cabeza principal del cártel.

Otro nombre escrito en una de las piernas del decapitado, es el Hummer. La Procuraduría General de la República lo tiene fichado como Jaime González Durán y es también miembro del Cártel del Golfo. Otro, el Z-14, es Efraín Teodoro Torres y hasta no

hace mucho aún aparecía en la página de la PGR con los moteos también de El Efra y La Chispa. Se indica que tenía relación con Cárdenas Guillén. Z-14 murió en una emboscada el 3 de marzo de 2007, cuando iba con Heriberto Lazcano, en el rancho Villarín, Veracruz.

De El Chilango, el mote salido de la boca del prisionero entre golpes y borbotones de sangre, la PGR tiene tres hombres registrados con ese alias: Juan Alberto Palafox, Roberto Antonio Camacho Molín y Blas Alcantar Gastélum, aunque en ninguno de los tres se les asocia con el cártel del Golfo. Del Ostión, el Miky y el Borracho, la dependencia no da referencias.

Acapulco dealer

Desde cualquier colonia de anfiteatro de Acapulco se mira esplendorosa la bahía de Santa Lucía. Son las luces de la Costera con sus hoteles de cinco estrellas y de gran turismo, sus discotecas exclusivas y sus restaurantes restringidos cuyas cadenas internacionales tienden sus brazos sobre estas tierras. Más abajo, el agua del mar es un vasto espejo que refleja la luminiscencia de los hostales, los reflectores de las tiendas comerciales con marcas francesas e italianas, y el neón poderoso de los antros.

Desde La Garita –una de las 800 colonias que se yerguen en las laderas de los cerros y las planicies- la Costera fosforece demasiado cerca. Como una aureola. Sólo falta bajar la avenida Farallón para llegar a ella. Sólo eso. Pero es una proximidad visual. Quienes viven acá, colonos que alimentan su economía doméstica del comercio formal e informal no acceden a las tiendas ni a los hoteles con nombres gringos sino para trabajar en ellos, muchos como subempleados. Incluso la Diana Cazadora en su glorieta pareciera buena anfitriona; aun el mar que a unos metros revienta con sus elevados índices de contaminación por enterococos fecales.

Desde arriba, a distancia, la arena de la playa semeja una duna tragada por cemento, hormigón y asfalto. Acá se doran la piel a 40 grados al sol un promedio de 9 millones de turistas al año. El mismo sol que hace brillar las crestas de las olas y hace del mar un espejismo de aguas cristalinas y doradas playas para quienes llegan a este puerto. Pero sólo es eso: una ilusión óptica que oculta los residuos fecales en el agua tanto como a la ciudad y a sus vicios. La cocaína y la marihuana corre por todos lados. Está al alcance de todos, la consumen quienes quieren y quienes pueden.

El narcotráfico es el negocio que mantiene a esta ciudad en movimiento, y en vilo. El que la agita en sus entrañas. Desde los cinturones de miseria con callejones y andadores con drenaje a flor de suelo, las áreas suburbanas con sus calles de alcantarillas obstruidas e iluminación esporádica, hasta las impenetrables zonas residenciales, de maqueta sus amplios jardines y sus piscinas con fuentes, en una de cuyas mansiones descansaba de vez en cuando el capo del narcotráfico Edgar Valdez Villarreal, alias *La Barbie*, antes de ser arrestado. El negocio por el que de pronto La Perla de Pacífico –como les dio por llamar a Acapulco quienes lo han gobernado-, dejó de lado su glamour cosmopolita para mostrar que Antonio Ezequiel Cárdenas Guillén, alias *Tony Tormenta*, y sus sicarios había trasladado su lucha encarnizada y sin tregua a sus callejones y a sus grandes vías tropicales. Un negocio que dobla los 7 mil millones de dólares que ingresaron vía el turismo a las arcas de Acapulco en 2008 y 2009 y que en seis años ha dejado un rastro de casi 8 mil muertos.

El Tony y La Garita

La historia de toda la violencia que ha generado estas muertes en Acapulco se divide en dos episodios: la llegada del *Tony Tormenta* del cártel del Golfo a pelearles el territorio a los del cártel de Sinaloa comandado por Joaquín Guzmán Loera, alias *El Chapo*, y el enfrentamiento en La Garita. El primero ocurrió en agosto de 2005, el segundo cinco meses después, en enero de 2006. Ambos se pueden resumir con dos palabras: violencia y muerte que, dichas de ese modo, parecieran un eufemismo sociológico y no. No es así.

El 2 de agosto de 2005 el subdirector operativo de la Policía Investigadora Ministerial, Julio Carlos López Soto y un escolta, Pedro Noel Villela Aguilar, fueron *levantados* (retenidos, secuestrados) de calles acapulqueñas. López fue ejecutado y su cuerpo abandonado después en un lugar público para que fuera visto, pero al escolta se le dejó vivir para dar un mensaje de los captores: "que ya está en Guerrero el *Tony Tormenta* con 120 de *Los Zetas* -célula armada escindida del cártel del Golfo, e integrado por ex soldados y considerado por la Drug Enforcement Administration (DEA) como una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos- para partirlas su madre a *Los Pelones* y a los agentes de la Procuraduría de Justicia; que reciban saludos de *Goyo Saucedo*; y que arriba Tamaulipas", dijo Villela con su cara de espanto, como de haberse reflejado en los ojos inexistentes de la muerte. La guerra estaba cantada.

Cinco meso después, el 27 de enero de 2006, la policía preventiva de Acapulco persiguió desde la entrada de Acapulco, por la carretera federal 95, a un comando de sicarios que se transportaban en dos camionetas Liberty. Los alcanzaron en La Garita, poco antes de las 3:00 de la tarde. Nadie supo a ciencia cierta que pasó en el tiempo en que los pararon y en que empezó la balacera. Tan pronto tronaron hondos los cartuchos de los rifles kaláshnikov la gente huyó entre el humo de neumáticos y carne quemada. La iglesia de Nuestro Señor del Perdón, que está a unos metros, fue el refugio más próximo. Los pobladores de La Garita vieron de lejos cómo los policías preventivos disparaban frenéticos contra una camioneta Liberty, que terminó por incendiarse, mientras más cartuchos estallaban por el fuego.

Una granada también explotó, pero en el pánico que acompaña al caos no se supo si fue lanzada desde el segundo vehículo o alcanzada por las llamas. De los tripulantes que iban tres murieron calcinados, otros huyeron por las callejones empedrados de La Garita desde donde tiraron algunas ráfagas, tap, tap, tap, tap se oyó el tableteo seguido por gritos. Un pistolero mal herido se bajó como pudo y se arrastró por el asfalto, el rastro de sangre lo siguió hasta que lo remató otro agente. Tres meses después, el 19 de abril de 2006, las cabezas cercenadas de dos policías de la Secretaría de Protección y Vialidad que participaron y mataron a los narcotraficantes fueron abandonadas en el mismo sitio, con ellas un mensaje inapelable: "para que aprendan a respetar", se leía en una cartulina fluorescente dejado al lado de la cara amoratada del comandante Mario Núñez Magaña, uno de cuyos restos que ya devoraban las hormigas pudo identificarse.

Cinco años con sus puestas de sol han pasado desde este episodio y no hay faro que guíe a este puerto hacia tierra firme. Ha sido una noche larga, como largas son las noches en los antros *afterhours* después de los *tabledance* de culos finos y firmes, o de las exclusivas discotecas de las zonas Dorada y Diamante que Acapulco oferta al mundo. El comienzo de una pesadilla de la que todavía no se despierta.

Espejismo cosmopolita

Acapulco es México en cualquier parte del mundo. Decir Acapulco es decir México, no importa si pertenece a Guerrero o a cualquier otro estado del país, y de cinco años para acá mencionar el nombre de este puerto representa dos cosas: droga (cocaína, morfina, marijuana, hachís, tachas y sus 79 variantes, crack, cristal) y playa. Estos dos ingredientes son parte de la dicotomía de la fatalidad, éxito y fracaso del Acapulco contemporáneo en el planeta.

Son, también, los que mueven la economía en el submundo, y en el Acapulco de a de veras. Acapulco no empieza en su playa más popular ni termina en la zona más exclusiva, Caleta-Punta Diamante. Hay ciudades ínfimas, perdidas en sus cuatro puntos cardinales, excepto hacia el sur porque ahí topa con el mar. Seis comunidades y 800 colonias, ninguna de las cuales ha estado excluida de episodios de violencia ligada al narcotráfico: La Garita, Laja, Mira, Mica, Reforma, Vista Hermosa, Lirios, Petaquillas, Ciudad Renacimiento, Sabana, Zapata, Las Cruces, La Providencia, el Barrio Negro, en lo alto de la clasemidiera Costa Azul... a cuyos adolescentes buscan los enganchadores de *dealers* para convertirlos en vendedores de grapas (bolsitas con un gramo de cocaína) que nada tienen que perder porque nada tienen. Guías de turistas adictos, yonquis, que mueren por una dosis; o mejor dicho, que pagan lo que sea por una dosis. Los que muere son otros.

En estos territorios las oportunidades de que los jóvenes ingresen a una vida de calidad son mínimas: bajos niveles educativos, alta deserción escolar, desnutrición marcada, pobreza galopante, hacinamiento en viviendas, violencia y desintegración en el núcleo familiar. Falta de condiciones para tener, al menos, una perspectiva clara de desarrollo económico y social a mediano plazo. Pareciera aun que el bienestar subjetivo, la felicidad, les está negado. Entre sus calles y vías, entre las casas a medio terminar, con paredes de tabique bruto, hay un par de parques o campos deportivos por decenas de cantinas donde se venden cervezas a precio de bodega, o tianguis que han hecho de la venta de piratería el modo más rápido de obtener grandes ganancias con pequeñas inversiones. El lugar idóneo, también, para el crecimiento y desarrollo del contrabando de todo tipo. Copulan la corrupción y el soborno.

En estos sitios La Maña es monarca, una organización criminal integrada por ex policías ministeriales sin rostro pero con muchos ojos y oídos que ha crecido bajo la sombra del cártel del Sinaloa. Según información policial, ellos hacen el trabajo de reclutadores de *dealers* y halcones (chicos que se encargan de vigilar las calles e informan

de redadas militares), distribuidores a gran escala de cocaína y marihuana, supervisores e informantes para la mafia que mueve el comercio y el trasiego de drogas. Acá La Maña manda sobre muchas cosas. Controla amplios territorios de la zona norte y oeste de Acapulco, Ciudad Renacimiento, entre éstos. Controla el flujo de productos piratas, cidís de música y video, aparatos eléctricos, ropa e incluso juguetes. Autoriza el funcionamiento de cantinas, discotecas y antros de *tabledance* y hasta impone administradores para garantizar el flujo de su droga. Autoriza a quienes venden en las calles y por supuesto, les cobra derecho de piso y protección para que los recaudadores de la oficina de Gobernación no los molesten.

Los chicos de bachillerato cuya existencia gira como un torbellino al rededor de estas zonas demuestran en sus notas que están frente a un nivel educativo para el que no fueron preparados. Antes del fin de cursos, al menos la mitad de ellos terminan de chalanes o de choferes en los camiones del transporte público que llegan a sus colonias; lavando automóviles o vendiendo cualquier suerte de baratija; de payasos o cantando en los mismos automotores que llegan a sus colonias. Los mismos que antes tomaban para ir a la Preparatoria.

Otros acaban sus vidas como hombres mono: inhalando bajo puentes y desagües tiner o pegamento 5000 en recipientes o bolsas de plástico. O asaltando a los transeúntes o pasajeros de los mismos camiones que van a sus colonias. Las chicas terminan sus vidas siendo madres prematuras; de meseras o bailando, lánguidas, en algún lupanar a donde las fue a dejar algún chico que las enamoró para luego prostituir las. Estas áreas son fértiles para los enganchadores de *dealers*. Pululan muchachos que sueñan con ganar hasta dos mil pesos diarios por la venta de grapas. Lo aceptan porque es lo único con lo que pueden acceder rápido y en definitiva a la vida disipada que Acapulco ofrece en su página web: ropa de marca, comida en abundancia, vida nocturna y mujeres que en otras condiciones no hubieran ni siquiera soñado. Lo hacen porque nada tienen y nada pierden.

Pero de esta parte de Acapulco pocos saben. Las guías rojas la omiten, los espots y los carteles publicitarios de la oficial Secretaría de Fomento Turístico lo cubren con una costera de ensueño, un Princess o un Mayan Palace. Como quien mete la suciedad de la casa bajo la alfombra.

El dealer

La cocaína corre en las playas. La venden parianeros, comerciantes ambulantes, pescadores, chulos y homosexuales, meseros, masajistas y hasta las niñas mustias que le hacen trencitas a las chilangas saben guiar por unos pesos más hacia la grapa o el churro. Droga se consigue en Plaza Francia o Plaza España. En la playa la Angosta, en la Bonfil y sus bares de surfistas o en el Revolcadero y su pueblo costero. En Sinfonía del Mar y en la legendaria Quebrada. Por los tacos del Morro, en la colonia Petaquillas, en el barrio El 30 y en la Sabana o en la vasta Ciudad Renacimiento. En el Zócalo y en el Malecón. En la Condesa

y sus antros gay o heterosexuales, lo mismo da. En la zona Roja de putas, travestis y alcohólicos. En los billares de la avenida Cuauhtémoc y en, o por, la Plaza del Mariachi.

Se consigue en restaurantes, en hoteles familiares, moteles de orgasmos de paso y hostales de *springbreak*. Se anuncia mediante pegotes en los paradores del servicio de transporte público. Corre con los agentes de Tránsito que persigues a los turistas amanecidos. Va sobre las camionetas de los policías y en el billete de mil pesos que los agentes llevan y gastan con teiboleras de lujo como si fueran de a 20. La cocaína todo lo corroe, como al tabique nasal que deshace. Todo lo corrompe, y en Acapulco está en el aire.

—A mí nada más me dan para mi piedrita y yo los llevo, los llevo donde la venden — ofrece el hombre flaco, en huesos, de ojos amarillos y hondos y sube al coche. Es una sombra. Habla sin descanso ante la ansiedad y el hastío de quienes nos hacemos acompañar. Señala calles que parecen laberintos mientras platica su vida de desdicha y su adicción que con los años se hizo irremediable. Hoy sólo el crack consigue tranquilizarlo. Los estragos del ácido se notan en su piel resquebrajada, en sus labios malva y en sus ideas desordenadas.

Se subió al automóvil por recomendación de otro conocido que sabe dónde conseguir droga; la cocaína corre disuelta por sus venas como glóbulos blancos.

—Aquí es. Ustedes denme el dinero y den la vuelta en aquella esquina. De regreso me llevan donde me encontraron —instruye y desaparece entre flores de bugambilias de una casa con un jardín cuidado, de aspecto familiar.

“Nadie diría que allí en una narcotiendita”, dice el conductor del vehículo compacto donde vamos. “Nadie diría que en este vecindario clasemediero y tan cercano a la Costera se vende cocaína”, dice otro acompañante que viaja atrás del conductor.

El dealer sale escurridizo por donde entró y se mete como comadreja al vehículo.

—¡Listo! —dice eufórico— ahora a la estación —completa y extiende la mano donde trae la droga. 150 pesos la grapa de un gramo de cocaína de baja calidad. 100 pesos de propina.

—¡Es mierda! —dice el copiloto una vez que se la mete y siente los primeros efectos; luego pasa el polvo blanco al que maneja. Para entonces ya pasamos a dejar al dealer a donde lo encontramos.

—La sensación es contraria a lo que hace una buena coca; me apendejó todo. Chale — dice el chofer.

Llevamos 12 horas sin dormir seducidos por los antros *afterhours* y el contoneo de las teiboleras de pubis depilado.

—Mejor estaciónate allí, donde los tacos Chemise. A ver si unos de aporreadillo me alivianan —pide el copiloto y recarga su cara maltrecha por el desvelo en el respaldo.

Lo Chemise son vecinos del Chicas, un famoso *tabledance* por sus hermosas y jóvenes mujeres que está en la avenida Farallón. La vía marcha veloz junto con sus miles de vehículos con placas del Distrito Federal que van llegando desde las 6:00 de la mañana. A medio kilómetro está la glorieta de La Diana Cazadora y a sólo metros de ésta las olas revientan en la arena tibia.

La fama de la negra

Todo Guerrero gira en torno a Acapulco, su economía es el cordón umbilical que lo alimenta, la ubre donde se amamantan las arcas públicas. Los pueblos de Guerrero, los 81 municipios que lo integran, son satélites de la gran urbe, y muchos de estos son los mayores productores de marihuana y amapola en México. Teloloapan, Tlacotepec, Tecpan y su pueblos gemelos, San Luis San Pedro y San Luis la Loma; Atoyac con su Edén y su Paraíso; Petatlán y su serranía, aportan 60 por ciento de la producción de amapola en todo el país, según la organización Servicio Nacional para la Paz.

De la amapola se extrae la goma de opio, y de la negra –como se le conoce por acá en el argot del narco a la goma por el color que toma una vez que se seca y se hace resina– se produce la heroína. Esa es una de las razones por las que este puerto y sus costas están en pugna. Es la joya de la corona que *El Chapo* Guzmán le disputa a sangre y fuego al cártel de los hermanos Beltrán Leyva, comandando por Héctor, alias el *H*, que –contrario a lo que se pueda pensar respecto a su decadencia luego de la muerte de Arturo, alias el *Barbas*, su principal cabecilla–, según fuentes de la Policía Ministerial contrastadas con fuentes de la Procuraduría General de República aún es sólido y fuerte, y teje alianzas con células que operan en otras ciudades, como los Rojo, el cártel de la Sierra y La Maña. Otras fuentes policiacas aseguran que el cártel Independiente de Acapulco –remanente del grupo que comandaba *La Barbie*– también está en la pelea.

Guerrero es terreno idóneo para el trasiego y desembarque de enervantes por sus anchos y solitarios litorales. De Acapulco hacia Michoacán, por la vasta región de la Costa Grande: Coyuca, San Jerónimo, Tecpan, Papanoa, Petatlán, Zihuatanejo, hasta Lázaro Cárdenas. O hacia Oaxaca, con el rumbo de la Costa Chica: Cruz Grande, San Marcos, Copala, Marquelia, Punta Maldonado hasta colindar con El Faro o Playa Ventura. Los grandes cargamentos de cocaína vienen, según fuentes de la Procuraduría General de la República de Chiapas y Tabasco, desembarcada sobre todo de Colombia, Panamá, El Salvador, Nicaragua y Venezuela. Y de acuerdo con gente ligada al narco se la llevan hasta Tijuana. De muchas formas. Una de tantas es mediante muchachillas del Paraíso y otros poblados de la serranía de Guerrero. Las transportan en sus zapatos de plataforma o como toallas femeninas.

Su destino las aguarda con éxito la mayoría de las veces.

Yolanda

Del enfrentamiento en La Garita ocurrido en enero de 2006 se vinieron los hechos en cadena, inextinguible la mecha que incendió Acapulco, se propaló por el estado y en cuyo camino ha dejado un rastro de cuerpos desmembrados, cabezas cercenadas y 367 levantados-desaparecidos que han sido documentados por el organismo no gubernamental Taller de Desarrollo Comunitario, que hace un trabajo de búsqueda y apoyo a familiares.

Acá ya no es novedad contar cadáveres y nadie quiere el trabajo. Ni en la Procuraduría General de la República ni en la Procuraduría General de Justicia del estado ni en el Servicio Médico Forense. Es más, evaden dar datos precisos cuando se le piden fichas mortuorias. Nadie habla de circunstancias ni de nombres y apellidos. Como si cada fallecido no fuera más que un dígito que indicara cualquier cosa. Nadie salvo las viudas y los huérfanos marcados para siempre por la violenta muerte. La misma que a fuerza de verla todos los días la han hecho santa. La única, la verdadera. Y le rezan para que cuando llegue lo haga sin aspavientos. Sigilosa e intempestiva. Indolora.

La cifra de los muertos parece interminable y las historias atrás de los números desgarradoras:

“Yolanda” tomó el teléfono y enmudeció al escuchar la noticia. No derramó ni una lágrima, no ante los ojos incrédulos de sus tres hijas. Cogió las llaves de su camioneta y fue a donde habían asesinado a su esposo. Lo encontró con el cráneo destrozado, el cerebro deshecho se esparcía varios centímetros sobre el parabrisas. La expansiva de la kaláshnikov dio en el blanco. Aún no lloraba. “Yolanda” veía inminente, diáfano como esta imagen, su final y el de su esposo. Le conmovió sí que con él no estuviera ella, menudita como es, deshecha por las ojivas 7.62 que nunca fallan. Dio la instrucción a su chofer para no dejar llegar mediante billete o pistola a los peritos forenses y mandó traer los servicios de una funeraria. Pagó lo que fuera por el traslado rápido y discreto del cadáver. El dinero que hoy no tiene le sobraba en ese entonces.

Las niñas se enteraron de su orfandad cuando vieron los preparativos de sepelio en la sala de mármol. Entonces vinieron los llantos, inconsolables, profundos recuerda “Yolanda”. El entierro fue familiar. Lo último que hizo en su rancho cercano a una hora de Acapulco. Luego emigró con sus hijas a España convencida que de lo contrario sería la próxima en las exequias, y dejó el negocio de las drogas para siempre. Atrás quedó el palacete donde vivió una década. Camionetas, armas, mucho dinero y mucha más droga de la que no alcanzó a disolver en el excusado quedaron también al final del día. Tres años duró allá, desde 2007 hasta que se les acabó el efectivo. El regreso ha sido traumático.

“Las cosas siguen igual o peor”, dice sin despegar mucho los labios en lo que la mayor de sus hijas, ya con 14 cumplidos, escucha en su teléfono celular un corrido:

Con cuerno de chivo y bazuca en la nuca/

volando cabezas al que se atraviesa,/

somos sanguinarios, locos bien ondeados, nos gusta matar./

Pa'dar levantones somos los mejores,/

siempre en caravana toda mi plebada,/

bien empecherados, blindados y listos para ejecutar.

Se llama *Sanguinarios del M-1* y más allá de la semántica, M-1 es la clave de operación de Manuel Torres Félix, jefe de sicarios al servicio de *El Chapo* Guzmán y con la letra ella juega a ser la líder del cártel de sus hermanas. Pero sólo juega... ahí se verá. Mientras, la menor de cuatro años, aún pide soltar al cielo globos con gas helio y recados atados a un cordón para su padre muerto. Le dice que lo ama, que lo extraña y que se cuide. La de en medio está encerrada en sus 12 años. “El rencor crece en ella”, dice “Yolanda” aún con las palabras pegadas en la boca. “Es como su padre. Guarda su odio para cuando quiera sacarlo”.

“Yolanda” todavía despierta de vez en vez llorando y aterrada cuando se ve en sueños frente al féretro sangrante de su marido muerto.

Jinetes del liberalismo

Ninguna acción del narco es casual en la lógica de la lucha por ganar ciudades para el trasiego y venta de drogas. Es la razón de la sinrazón. Se avanza, una tras otra. Poniendo sellos de sangre. Banderas de muerte. Es la nueva conquista con los AK-47 por delante. Ese fue el movimiento que hizo *Tony Tormenta* –muerto en Matamoros en un enfrentamiento con militares en noviembre de 2010– cuando anunció su llegada a Acapulco con 120 *Zetas* en agosto de 2005. No hizo falta conocer de Allan Greenspan o Adan Smith para saber que matándose los unos con los otros autorregulan su mercado y maximizan su propio beneficio. No hizo falta saber de teorías económicas para expandir su tríada: poder, riqueza y trasiego de drogas. Aun sobre los intereses de *El Chapo* Guzmán. Era necesario porque, según expedientes policiacos, el anuncio en 2005 de la extradición del hermano del *Tony* y entonces líder del cártel del Golfo, Ossiel Cárdenas Guillén, preso en 2003 y enviado a Estados Unidos hasta 2007, les restó fuerza e influencia con oficiales militares en Tamaulipas, su cuna y natural zona de acción.

Desde entonces, la onda sorda de las kaláshnikov no ha dejado de expandirse como pandemia sin antivirales. La AK-47 o *Cuerno de Chivo*, como se le conoce también en México por la forma de cuerno que tiene su cargador de 30 tiros, ha sido el arma favorita de los narcos y sus sicarios. La firma de sus acciones. El estigma letal con el que han cobrado fama sus víctimas. Mortal es la ojiva en el lugar donde impacte. Nunca falla, ni en el agua ni el

lodo. Es el escupitajo del diablo que carcome Acapulco y cuya saliva, inmensa como su bahía, no ha terminado de secarse.

Desde entonces no cesa el tableteo de las kaláshnikov que lo mismo le han dado a niños escolares como Rodrigo Cortés Jiménez, asesinado en febrero de 2011, que a amas de casa, estudiantes, transeúntes, vacacionistas, taxistas, agentes de tránsito, policías, militares, políticos, prostitutas, dealers, celadores, presos... 6 mil 621 ejecuciones extrajudiciales de acuerdo con datos recopilados entre 2005 y 2010 por la Secretaría de Seguridad Pública. 953 en los primeros seis meses de 2011. 7 mil 574 muertos en total, con nombres y apellidos; por orden alfabético por fecha de *ejecución, desaparición o levantón*.

Por mes. Inés Prudencia Bedolla [abril 2005; ocho asesinatos], Teodoro Vega Rodríguez [mayo 2005; tres asesinatos], Silvestre Zamora Fierro [junio 2005; ocho asesinatos], Alfonso García Rosas, [julio 2005; 11 asesinatos], Josefina Juárez Sánchez [agosto 2005; 17 asesinatos], Jorge Ávila Herrera [septiembre 2005; cinco asesinatos], Ignacio de la Rosa Murillo [octubre 2005; dos asesinatos], Silverio Rodríguez Peñaloza [noviembre 2005; 10 asesinatos], Diego Bahena Armenta [diciembre 2005; tres asesinatos].

Por año. Rodrigo Maldonado Mario [2005: 792 asesinatos], Salvador Medina Narváez [2006: 965 asesinatos], Albino Baltazar López [2007: 885 asesinatos], José Raúl Cortés Chavarría [2008: 951 asesinatos], Marcelino Marino Santiago [2009: mil 452 asesinatos], Antonio Valdez Andrade [2010: mil 576 asesinatos], Rodrigo Cortés Jiménez [2011: 953 y contando... hasta llenar –sin metáforas, acá ya no hay lugar a metáforas– tres veces el cementerio más antiguo de Acapulco, el San Francisco, donde yacen sepultados tan sólo 2 mil 234 cadáveres.

Acuérdate de Acapulco

La Garita, el enfrentamiento cuyas secuelas no han dejado de contarse, ha marcado la vida de todos. Rompió equilibrios, fragilísimas las líneas imaginarias como el Meridiano pero que no podían cruzarse. Rompió con pactos y reglas no escritas entre el narco y las fuerzas del Estado. Cambió radicalmente la vida de casi un millón de habitantes que tiene Acapulco y la tranquila visión de los paseantes. La decapitación de los policías que ejecutaron a los narcotraficantes horrorizó a la población, indeleble su cometido. La Costera y sus calles alternas no han vuelto a hacer las mismas. Según la Secretaría de la Defensa Nacional, 3 mil 500 efectivos del Ejército, la Marina, agentes federales y del estado patrullan las calles acapulqueñas. Entran y salen hacia todos los puntos de la entidad.

De un momento a otro, imperceptible el instante, la población pasó de espectadora muda, de testigo atemorizado a inculpada indirecta. Objeto de detenciones en retenes para someterse a requisas. En cualquier parte del estado. Donde sea. Incluso en plena zona

turística de Acapulco, donde se simula, donde se busca ser impecable, los retenes militares se hacen a la luz del día.

–Buenas tardes señores, esta es una revisión de rutina. ¿Podrían salir por favor por la puerta de atrás? –ordena un hombre con playera de la Policía Federal tan pronto como el chofer abre la puerta del camión del servicio urbano.

Viajan unos 20 pasajeros. Disfrutaban el aire acondicionado y la vista plena del mar. Es la 1:30 de la tarde. Afuera del automotor el calor de 40 grados hace ver las cosas como si estuvieran debajo del agua. Sofoca. La zona del Asta Bandera, en la popular playa Papagayo, negra de agentes y el tráfico rueda lento por las camionetas oficiales y otros camiones y vehículos que también son inspeccionados. Todos son culpables.

–¡Esto es un atropello! –reclama un hombre chaparrito y con bermuda hasta las espinillas, camisa floreada, por fuera. Turística típico–. Vengo desde Cozumel (Quintana Roo, más al sur de México), imagínese la impresión que me llevo de aquí.

Los agentes estatales, municipales y federales que están en el filtro como parte de una acción policial llamada Operación Conjunta contra el narcotráfico no lo escuchan o fingien no escucharlo. “¡Con las manos arriba y viendo hacia el camión señores!” instruyen autoritarios. Luego el cateo, minucioso, desde las axilas hasta los pies por los policías con rifles R-15 en el hombro y sus pistolas enfundadas en la cintura.

–¡Entrando, entrando por la puerta de enfrente! –siguen las órdenes propias de un toque de queda.

El asfalto reverbera.

–¡Si no somos delincuentes! –grita un pasajero tan pronto alcanza la ventanilla.

–¡Váyanse a revisar a la Petaquillas! –grita otro, evidentemente acapulqueño, mientras sube al autobús y dando la espalda a los policías que ni lo atienden. Petaquillas es una colonia brava y como en la colonia Cuerería o el barrio del Tanque, las narcotenditas se confunden con fondas de comida, tiendas de ropa y peluquerías que cunden en las callejuelas siempre observadas por chicos en bicicletas, pero la policía ni se asoma. Quizás por eso.

El camión retoma su marcha y algunos todavía rumian mientras se acomodan en la frescura del clima artificial. De las ventanillas se mira a los turistas chapotear abrazados por el sol y la sal del océano Pacífico que reposa en la polución de la bahía de Santa Lucía.

Un pueblo de paso

Chilpancingo ha dejado de ser un pueblo de paso, efímeras sus calles y sus casas que se deslizan por las ventanillas de vehículos y camiones que transitan veloces por el bulevar – la única gran vía- rumbo a Acapulco. La capital de Guerrero ahora es tierra de narcos. Son los vecinos. Los arrendadores. Sus hijos son compañeros de los chicos en escuelas públicas y privadas. Conducen hummers y automóviles de lujo en sus callejuelas. Rondan las discotecas y los bares. Son padrinos en las fiestas religiosas de los cinco barrios históricos, en los bautizos y los 15 años. Son, también, dueños de flamantes hoteles y edificios enteros. Dueños de vidas. Y de muertes.

Lejos ha quedado el mustio pueblo de paso, purista y prejuicioso con sus 240 mil 727 habitantes según las últimas cuentas del Instituto Nacional de Estadísticas y Geografía. Lejos la conmoción que causó en la gente el crimen inédito de un par de jóvenes bachilleres en el cerro de Huítaco entre 1996 y 1997. Ahora no, ahora la cosa es diferente. Ahora es tierra de asesinatos seriales. De ejecuciones extrajudiciales sumarias. De levantones (variante del secuestro sin pedir dinero a cambio) y descuartizados. Tierra de testigos, transeúntes, ciudadanos de a pie que mueren en el fuego cruzado salido de enfrentamientos entre bandas rivales. Zona de acciones militares a un costado, enfrente o atrás de donde se ve televisión o se come. De donde se sueña o se fornicá. Ahora, acá, es común escuchar disparos, fuertes, hondos, en el atardecer, en la madrugada, pero el aullar de las sirenas de patrullas y ambulancias ya no los siguen. La nota roja da cuenta de los muertos.

La ciudad sedentaria donde el folclor se desborda y el mezcal llueve en las cuelgas de los santos patronos y en las pozolerías de cada jueves ha quedado en shock ante escenarios dantescos. Jamás imaginó, jamás soñó la gente ni en sus peores pesadillas que en la escuela secundaria donde estudian sus hijos, sus primos, sus hermanos, la Raymundo Abarca Alarcón, el 10 de diciembre de 2009 amanecerían desmembrados los cuerpos de cuatro hombres como muestra de la lucha descarnada de los carteles de la droga. Como muestra de poder y escarnio, de sometimiento a los rivales, a la población. Al Estado.

Nunca se supo quiénes fueron. La fosa común dio cuenta de sus restos.

Este episodio no había sido el primero, ni sería el último. La ciudad y sus burócratas, sus comerciantes y sus obreros, sus estudiantes y sus amas de casa de repente se vieron en medio de una lucha que todavía, a años de recrudecida, no se alcanza a dimensionar. La

realidad se diluye como los protagonistas un día tras otro cuando se amanece con más noticias de muertos y levantados a una cuadra donde cualquiera puede vivir.

En realidad, Chilpancingo es una cuadra, una gran manzana asimétrica, mal planeada, con aceras diminutas y sin basureros públicos, sucia. Atiborrada de vehículos del servicios público, taxis y combis (peceros), y de automóviles particulares de quienes prefieren no caminar en una ciudad tan pequeña. ¿Qué banda criminal, qué cártel podría estar interesado en un pueblo así? No hay turismo, no hay industria, sólo políticos burócratas por tener, eso sí, la concentración de los tres poderes del Estado. El Congreso, el Tribunal de Justicia y el palacio de Gobierno. Más hubiera valido no tener ni eso.

Pero sí. De 2005 para acá las bandas de narcotraficantes empezaron a pelear la ciudad y sus estrechas calles, sus bares, sus billares, sus contadas discotecas, sus numerosos lupanares y sus poblados circundantes en cuyas orillas se levantan palacetes amurallados, impenetrables. Y la han hecho suya. Ahora acá mandan los sucesores de Jesús Nava Romero, El Rojo, muerto el 17 de diciembre de 2009 en Morelos, en el enfrentamiento donde también murió Arturo Beltrán Leyva, El jefe de jefes, entonces líder del cártel de los Beltrán Leyva. O el cártel de la Sierra, que opera sobre todo en la zona serrana colindante con Chilpancingo, de las primeras en producción de amapola en México. U hombres de La Maña, una banda criminal que se encarga de cobrar derechos de piso a comercios de todo giro, con sede en Acapulco. Algunos informes policiacos indican que en realidad estas tres células libran una lucha por el territorio. Cada una sirviendo a los carteles grandes. Aunque el caso del de la Sierra, quiere hacer su empresa independiente. No se sabe a ciencia cierta. Y nadie quiere saberlo. Nadie quiere hablar de eso.

El eufemismo se ha hecho el recurso más recurrente para referirse a los sicarios al servicio del narcotráfico o de los narcos mismos. Los malos, los malandrines, dice la gente sin despegar mucho los labios aun en sus casas por temor a que quien vaya pasando sea uno de ellos. Ya no se sabe. Incluso los funcionarios municipales, de seguridad y de orden público, prefieren guardar silencio. Nadie levanta el teléfono a la hora de ir en busca de datos certeros sobre el golpe del narco en el comercio, la principal actividad productiva de la población.

Sólo se sabe que bares y billares han tenido que cerrar porque hombres bien vestidos han ido a pedir dinero para salvaguardar los intereses de sus negocios y de sus vidas. Hay quienes buscando evitarse problemas con las personas equivocadas bajan sus cortinas. Híldaros, una cervecería del centro de la ciudad que un tiempo estuvo cerrada pasó por ese transe. Igual que los billares Club Verde. Aunque la mayoría cede. Pero eso se sabe de oídas porque nunca, salvo en círculos muy cerrados, los pequeños empresarios hablan al respecto.

La Confederación Patronal de la República Mexicana es la órbita más estrecha. La más íntima entre ellos. Aquí es una plática recurrente, en todas las reuniones, dice Fernando Meléndez Cortés, el presidente, aunque una vez que la grabadora está apagada. Accede sí a

hablar de generalidades. Que sí que hay miedo en la gente y por eso no sale a comprar como antes. Que los comercios tienen que cerrar más temprano por temor a hechos violentos como los que han estado ocurriendo. Que perciben un éxodo silencioso porque cada vez más casas están en venta. Y cuando se llega al punto, de las amenazas recibidas del narco, el temor se le advierte y sólo sugiere, deslizas cosas. No más.

El miedo convive con los pobladores de Chilpancingo. Cómo no. El 21 de diciembre de 2008, un año antes de que los restos desecados de los cuatro hombres aparecieran en la secundaria donde incluso han estudiado alcaldes y gobernadores, ocho militares y un ex jefe policiaco fueron decapitados, sus cabezas y sus cuerpos esparcidos, apilados, en diferentes sitios públicos y cerca de tiendas trasnacionales plantadas en la ciudad.

Fue un golpe certero. En el narco ninguna ejecución, ningún movimiento de peón en el tablero del conflicto es fortuito. Ni siquiera las muertes de quienes nada tienen que ver en esta lucha de territorios. Por el contrario, redoblan el efecto buscado. Someter a todos, rivales o delatores imaginarios, a su miedo más hondo: la muerte. Y la decapitación sumaria tres días antes de la Navidad, en un pueblo tan tradicionalista, la víspera de la celebración de un desfile de danzas y máscaras, de borrachera y bailes, carnavalesco, llamado desde hace 185 años Paseo del Pendón, no fue la excepción. Causó commoción y sentimientos profundos de abandono. La gente tuvo la certeza por primera vez de estar inerme. Sola en medio de la vorágine.

Ese día el mensaje fue dado a todos con claridad. Querían Chilpancingo y lo querían cómo fuera y bajo cualquier circunstancia. Los que vencen, cualesquiera que sean los medios empleados, nunca se avergüenzan, dice Nicolás Maquiavelo. Los cadáveres se identificaron en medio de la perturbación colectiva: Carlos Alberto Navarrete Moreno, Juan Humberto Tapia Romero y Ricardo Marcos Chino, sargentos; Ervin Hernández Umaña, capitán; y los soldados José González Mentado, Juan Muñoz Morales, Julián Teresa Cruz y Catarino Martínez Morales. También el ex jefe policiaco Simón Wences Martínez. No fue el primero.

Desde 2005, cuando levantaron y asesinaron en Acapulco al subdirector de la Policía Investigadora Ministerial, Julio Carlos López Soto, y a su escolta Pedro Noel Villela Aguilar lo dejaron libre para dar el mensaje de que Antonio Ezequiel Cárdenas Guillén, Tony Tormenta –lugarteniente del cártel del Golfo y muerto en noviembre de 2010 tras un enfrentamiento con militares en Tamaulipas–, ya estaba en Guerrero con 120 Zetas para quitarle la zona a los pelones y a la gente de la Procuraduría de Justicia, los asesinatos y hechos de violencia se vinieron en cadena.

De allí más policías, más jóvenes, más mujeres, más ciudadanos de a pie. Más muertos metidos al mismo costal aunque sean diametralmente opuestos los casos. Metidos al saco con la etiqueta: en algo andarían. 941 asesinatos con la marca del narco impregnada en su

mayoría por ojivas 7.62, de Cuernos de Chivo, ya sea perdidas o dirigidas, en los últimos cinco años en la zona Centro, de la que es parte Chilpancingo. Los datos, proporcionados a cuenta gotas por la oficina de operación e inteligencia (C-4) de la Secretaría de Seguridad Pública del estado.

Por eso es que la muerte, la muerte violenta, ha marcado a este pueblo donde aún se venden globos a niños llevados de la mano por sus padres los domingos en el zócalo. Sólo entre julio y septiembre de 2010 ocurrieron al menos tres asesinatos sumarios, del tipo que aún mantiene a todo Chilpancingo con el miedo entre los poros. 16 hombres murieron en total: el 28 de julio, sicarios que dejaron un mensaje con la firma del cártel de la Sierra abandonaron en la cétrica avenida Miguel Alemán una camioneta con seis ejecutados en la maletera. Fue su presentación en sociedad y un reto a las autoridades cuya sede municipal quedó a dos cuadras del vehículo.

La madrugada del 7 de septiembre la misma agrupación dejó dos hombres desmembrados en una acera contigua al museo infantil La Avispa. Ministeriales y forenses se apresuraron a levantar los restos con el amanecer pardo, pero los diarios vespertinos de nota roja ya tenían la foto. El 19 de septiembre, aún con la resaca del bicentenario independentista de México, en la carretera a Teloloapan cercana a la capital, ocho policías ministeriales fueron emboscados y ejecutados por narcotraficantes. Y apenas entrando 2011, el 8 de febrero, un joven de 17 años, Blandino Gerónimo Moreno, murió en un cruce de fuego entre policías ministeriales y miembros del narcotráfico. Su cruz quedó enfrente del lugar donde se lleva a cabo el festejo más representativo de Chilpancingo: la feria de Navidad y Año Nuevo.

Preludio de muerte

San Luis la Loma vive una calma de toque de queda. Está desértico, apenas un hombre se mira cruzar la calle como si fuera un fantasma. Se le pregunta por la comisaría y responde escueto, hosco: "está antes de llegar al puente". Luego sobre la casa donde un día antes un comando ejecutó a la esposa y las hijas del conocido narcotraficante Rubén, El Nene, Granados Vargas –la pregunta obligada–, pero a ésta no responde. "Hay que cuidar la vida", esgrime.

El temor es real. Conforme se adentra al caserío de adobe y teja de la parte baja de este pueblo de Guerrero, el aire se hace más pétreo y las miradillas se asoman vigilantes por entre las hendiduras de las puertas cerradas, raro en otras condiciones en una población de la Costa Grande, donde no sólo las altas temperaturas sino el calor humano las mantiene durante todo el día abiertas de par en par. En cualquier otro día, en cualquier otra circunstancia, en un día normal pues, se oyen los gritos de niños y mujeres caminando descalzos en el cemento crepitante, mientras los varones se hacen de la sombra en sus hamacas colgadas en los corredores o en sus mecedoras bajo los bondadosos almendros.

Hoy no. Incluso en la iglesia de aspecto rupestre tres mujeres y un hombre acomodan unas imágenes sin decir palabras, parecen mudos. Como los santos que acicalan. Todo es silencio, el mismo silencio ensordecedor que reina allá fuera como reina, imbatible, el sol ardiente. Mueven escaleras para reacomodar a los ídolos petrificados sin hacer el mínimo ruido con las bancas donde los parroquianos rezan cada domingo. De hacerlo así, el eco, ese eco que se apropiá de todos los resquicios de las iglesias, se encargaría de amplificarlo hasta crear un estruendo que se oiría en todo el poblado.

Nada más imprudente para el trabajo que hacen: en realidad, preparan el santuario para la misa de cuerpo presente de los muertos sumarios de un día antes: Judith Ávila Ureña, Sonia Ávila Ureña, Yaneli Granados Ávila y Oralia Granados Ávila. La esposa, cuñada y las dos hijas de uno de los más respetados narcotraficantes de esta zona de Guerrero y todo el estado. Su fama incluso, se conoce en Michoacán y el Estado de México. Y ahora, el animal está herido.

Aún así el poblado sigue su curso económico, como sigue su torrente el agua en el río que está a un par de kilómetros de distancia. De hecho, los únicos ruidos que se escuchan son los del mercadito improvisado en dos calles a la entrada del pueblo, dividido a su vez por la carretera federal. El San Luis la Loma alto y el de abajo. No podría haber otra separación más literal. Y si hubo algún escándalo, éste fue el de los mismos comerciantes cuando corrieron con sombreros y periódicos en mano a auxiliar con ventilaciones y remedios a un compañero que se les desmayó debido a su diabetes. Pero nada; no pasó a mayores el incidente.

San Luis la Loma es famosa en el estado por sus grandes cultivos de mariguana y amapola en sus sierras agrestes. Difícil que el Ejército entre no tanto por lo indómito de sus veredas como porqué en esas tierras mandan los capos y su gente. La población de a pie lo sabe. Conoce las historias y a sus protagonistas como los lunares de su cara, pero los ven como protectores. Han cubierto el vacío que el Estado dejó de llenar durante décadas en estos pueblos de olvido. Han dado trabajo y servicios a su gente, han pavimentado las calles y las canchas donde los jóvenes juegan basquetbol, el deporte favorito de todos. Grandes y chicos lo practican para ser seleccionados. No hay ningún otro honor que se le parezca.

Incluso la víspera de año nuevo, cada 31 de diciembre, el sonido hueco de las kaláshnikov pareciera que sonríe. Truenan como coheteones –son los coheteones y fuegos artificiales del pueblo– cuando el tiempo se detiene un instante, brevísimamente, a las 12 de la noche. Entonces la gente cuenta los martillazos a las ojivas. Se oye el tableteo como una revuelta hasta San Luis San Pedro, el pueblo vecino, el hermano gemelo aunque indeseado, bastardo, cuya separación y unión la hace el río que corre serpenteante hasta el mar como cordón umbilical. “Ese es un Cuerno de Chivo”. “Ese un R-15”. “Esa una súper”. “Ese otro Cuerno”. “Y ese también”. Identifica el oído fino y experto como un paladar de catador de vinos los gemidos de las armas. El aullido de la muerte.

Sobre el talante de los hombres de San Luis la Loma hay una historia memorable. 1995, todos la saben. En un torneo municipal de basquetbol el equipo de este pueblo perdió el juego de semifinal. Perdió a pesar de las porras: ¡mariguana, cocaína y goma, mariguana, cocaína y goma... arriba San Luis la Loma! Perdió contra el equipo de Tecpan –la cabecera municipal– porque ellos dijeron que hubo un mal arbitraje. La indignación fue más allá de un juego cualquiera. Se apostó mucho, mucho dinero. La final se jugaría contra un pueblo playero, pintoresco: Tetitlán. Pero Tetitlán ganó por default porque los de Tecpan no se presentaron a jugar. No se presentaron porque el día de su derrota San Luis la Loma advirtió que de presentarse los matarían a todos. Acá no se juega con esas advertencias. Menos si viene de los hombres de San Luis la Loma. Total, un partido de basquetbol, una copa si hubieran ganado, no vale las cinco vidas de sus jugadores.

Ahora pareciera que se trata de un día de asueto acá o ni siquiera que haya ocurrido una matanza un día antes, porque por ningún lado se ve un sólo policía, mucho menos una operación militar de convoyes y hummers para dar con los sicarios que perpetraron el crimen. O para prevenir las secuelas inexorables. En cambio, miradas escrutadoras observan desde camionetas estacionadas en diferentes puntos del poblado.

Y el comisario, el comisario municipal Alberto Flores es en realidad una autoridad representativa que no ve ni escucha nada. Una estampa que expende, si acaso, certificados de propiedad comunal. Como él mismo lo dice, para evitar problemas. Es más, aunque es vecino de El Nene, asegura que el día de la matanza no oyó nada, y ni se hubiera dado por enterado de no ser porque unos niños que se dirigían a la escuela le avisaron. Lástima que

tuvo que salir a otro asunto, así que las diligencias las hizo el Ministerio Públicos y los peritos hasta que llegaron de Tecpan.

En cambio las escuelas sí reanudaron actividades suspendidas un día antes. Se notó por el grupo de unas 20 adolescentes con uniforme de secundaria técnica que fueron a dejar flores a su ex compañera, la hija menor de El Nene, que yace en su féretro infantil de caoba, lujosísima la casa donde los cuerpos son velados por mujeres, niños y muchachitas blanquísimas y de ojos zarcos. Contrastan su fragilidad con el indeterminado número de hombres armados que dentro y fuera de la casa en luto, merodean y vigilan a cuanto extraño se asoma. Contrastan los cuerpos lánguidos de las adolescentes con los rifles de asalto AK-47 que resaltan en todo su esplendor. Son los reyes, los dioses. Los hay con dos cargadores a la vez, con una especie de adaptador que facilita el cambio luego que los primeros 30 cartuchos están quemados. Otros tienen cargadores tipo tambor, de 70 tiros. Es negro y redondo y se adhiere al rifle como una gran garrapata. Aun las armas con lanzagranadas integradas o mira telescópica, Dragunov, se cargan al hombro con la naturalidad de cagar alguna herramienta agrícola. Son muchas, variadas y sin duda potentes. Propias del momento.

Los corridos norteños conforman mejor el cuadro. Pareciera una película de los mejores tiempos de Mario Almada, el actor mexicano que hizo innumerables filmes de narcos contra policías, de policías contra narcos. De buenos contra malos, maniqueas las cintas, no así la vida. Es una película, revolotea la idea en la cabeza para controlar el miedo. Un miedo verdadero. Pleno. De los pies a la cabeza. De la médula hasta los vellos mientras un hombre con un AK-47 terciado interroga sobre lo que se desea.

-¡Reportar qué! -dice hosco, sin mostrar concesiones.

-Reportear -se le aclara y luego de la identificación permite el paso hacia un estacionamiento de suelo bruto donde está la mayoría de la gente apoyando a los dolientes. Pero hasta allí, no hasta el primer circulo, no hasta donde está la familia cercana. Eso sería más tarde. Quizá.

Pasan cinco minutos, acaso 10 -que sin embargo se hacen eternos- y una botella de agua ofrecida casi a regañadientes después de rechazar una cerveza. Llega el comisario y un respiro. Enseguida entra El Nene. No hay necesidad de que lo señalen para identificarlo. Su personalidad es dura, y su vestimenta toda le resalta un garbo natural. Chaleco antibalas, jeans azules que se cambia un par de veces mientras se permanece en el lugar. Botas pero no vaqueras, más bien tipo militar. Sucísimas, con monte y lodo como de cazador furtivo. Carrilleras terciadas junto a su kaláshnikov. Él es. Y sin embargo es afable. Habla con una voz rasposa, pastosa a veces, pero tranquila. Se le advierte turbado. Jadea como toro cuando pregunta cómo se ve la situación y no se atina más que a decir que muy cabrona.

-Yo no quiero esta guerra -masculla-, pero niños y mujeres no se vale.

La madrugada anterior un convoy de hombres armados llegó tumbando puertas a su casa. Él estaba en la sierra. Sus hijos, su esposa y su cuñada no terminaron de despertar cuando ya los estaban fusilando. Los Cuernos de Chivo destrozaron los cuerpos. Era el cobro de las vidas de la familia de otro narco de la región, Rogaciano Alba Álvarez, asesinada el 3 de mayo de 2008, tres meses antes en Petatlán, muy cerca de allí e imputada a la célula de El Nene y a él que la comanda. Ese mismo día en Iguala también fueron contra Rogaciano Alba Álvarez pero fallaron. En su lugar siete ganaderos fueron ejecutados. Ambos casos representaron en ellos, entre El Nene y Rogaciano, en sus casas, en su pellejo, una reducida batalla entre el cártel de los Beltrán Layva y el cártel de Sinaloa de Joaquín, El Chapo, Guzmán Loaera trasladada a Guerrero, en pugna los litorales para el trasiego y transporte de droga.

-¿Usted sabe quién fue?

-Sí, sabemos bien –asegura pero no dice nombres y en un primer momento no se le insiste.

A menudo se le acercan hombres para mantenerlo al tanto de todo. Viejo. Le llaman, aunque por el tono pareciera un cariño: viejo ya no hay tequila, viejo se necesita comprar refrescos... viejo esto, viejo aquello y él reparte billetes de mil pesos como si fueran de 20.

-Aquí estoy, quien me quiera a mí que me diga, y como hombres nos arreglamos, pero no se hubieran metido con mi familia –dice.

Un par de muchachitos, 17 años acaso, se le acercan para hacerle peticiones. Los adolescentes llaman la atención por los relojes de oro que portan y las grandes medallas que cuelgan de sus pechos con incrustaciones de pedrerío, acabado parecido al de las cachas que asoman indiscretas por entre los cinturones de la mayoría de los varones que con sus Cuernos de Chivo entran y salen a toda prisa del estacionamiento mientras otros hablan por radio o dan instrucciones por celular.

-¡Ponle cola, ponle cola! –ordenan cuando el interlocutor del radio les indica que han visto un convoy de camionetas. El calor no es tan denso como el ambiente. Nerviosismo y sobresalto se mezclan. El corazón bombea adrenalina. Todos temen, intuyen que este pudiera ser la oportunidad que buscan sus contrarios para acorralarlos y librarse del último de los combates.

El Nene atiende a los chicos cuyas AK-47 al hombro casi arrastran con el suelo. Luego continúa: “aquí los vamos a esperar. Riéndome me rajo la madre con ellos. Como hombres, me la pelan”, dice con aspavientos a la pregunta de que si no temen que regresen y acaricia el cañón de su rifle. Lo calma. Como si éste tuviera vida y se fuera a salir de pronto de control.

-Qué le paren, qué le paren. Yo no quiero esto. Ellos también tienen hijos y mujeres y nosotros nunca nos hemos metido con ellos.

-Oiga ya se dicen muchas cosas de usted y de los motivos por los cuales ocurrieron los hechos -se le inquiere.

Se le nota cansado, el sudor de su frente se confunde con sus lágrimas. Se toma de dos tragos su cerveza en lata, la aplasta con un apretón de mano, sacude su nariz. Suspira. Pide otra Modelo que al momento le traen. "No todo es cierto, algunas cosas sí, otras no", responde parco. Luego interviene otro hombre mucho más joven -su hermano Salvador después se sabe. "Fue Rogaciano -dice a bocajarro-, él cree que nosotros matamos a su familia pero está equivocado. Rogaciano no cumplió en un negocio con otras gentes y ellos tomaron represalias, él sabe bien quién fue".

-Y ustedes saben de quiénes se trata.

-Sí, nosotros también sabemos -afirma pero no da detalles y tampoco se le insiste.

-¿Entonces por qué el ataque?

-Porque quiere pleitesía, y no nos vamos a hincar ante ningún cacique.

El Nene asienta con la cabeza y luego se incorpora para atender a la gente que se acerca a saludarlo. Vienen muchos, efusivos, de todas las edades, de todas las condiciones sociales. Su hermano se queda por completo en la platica: "los pistoleros llegaron cuando no había ni un hombre mayor en la casa, irrumpieron e hicieron la matazón. Mira, así como esa niña -señala con el índice a una pequeña adolescente casi transparente y de pelo rubio que platica sin pena en el patio-, así estaba la más chiquita de mis sobrinas, así de flaquita. No se vale. La de 19 años pues a lo mejor ya le tocaba, pero a la niña no". Se refiera a la de 12, la misma a la que fueron a dejarle flores sus compañeras de secundaria.

Y cuenta algo que no se sabía. En realidad el día del atentado había cinco moradores en la casa: su cuñada y la hermana de ésta y sus tres sobrinos, pero sólo mataron a cuatro porque el niño de 14 años se quedó atrás de la puerta con un rifle AK-47 en la mano, esperando a ver si lo descubrían. No fue así. En cambio, escuchó todo, aunque no alcanzó a verlo con claridad.

-¿Seguro debe estar espantado?

-No, es duro como su padre -tercia.

-¿Aquí anda, pudiéramos conocerlo?

-No, él no va a querer hablar.

Es medio día. A la 1:30 el cura llegaría para la misa de cuerpo presente. Una ceremonia íntima. Sólo la familia. Se escucha en las pláticas de celulares que el entierro sería a las 5. Se confirma. Sí a las 5 de la tarde. El comisario intercede para entrar al área de los féretros de finísimo acabado. Antes hacen salir a varias mujeres. El luto contrasta con su piel. Negro y blanco, blanquísmo. Una mirada aceitunada se escapa de reojo. La casa es un palacete de

candelabros, maderas preciosas y pisos de mármol. Un par de fotos. Sin rostros, sin armas. No más.

Violencia y desesperanza

3

Al otro lado de la calle donde velan a doña Rita, un par de camionetas frena de golpe. Sus tripulantes entran a patadas a la casa de enfrente y salen como entraron: sin nada. Los dolientes y los acompañantes se dan cuenta; hay caras de extrañeza pero no de zozobra. Pasan 15 minutos, quizás 20, y los hombres regresan. Frenan de súbito, paran el tráfico de las 4:00 de la tarde de un día de mayo: combis cafés, taxis y automóviles particulares.

La acción es diferente.

Los tripulantes han visto a su objetivo. Se bajan y atrapan al habitante de la casa que en esos momentos va llegando. Un hombre cuarentón, fornido de estatura media. Se resiste y lo suben a golpes. Los hombres no usan capuchas ni están uniformados, sí armados. Gritan.

-¡Te subes, pendejo, o aquí te carga la chingada!

De un tirón le desgarran la camisa, lo golpean con las culatas de los rifles, lo someten y lo suben a la cajuela de unos de los vehículos.

La gente que está en el velorio está pasmada. Unas señoras que están en la acera se meten a empujones, como pueden, pasan casi encima de quienes se les atraviesan mordiéndose por dentro para no gritar. El temor les gana y no gritan. Cierran la puerta y entonces entran en catarsis.

-¡Lo están levantando, lo están levantando! -gritan adentro, de afuera hacia dentro de sí mismas, mejor dicho; encerradas en el miedo de ser escuchadas o identificadas como testigos de algo que prefieren no haber visto.

Una que tiene diabetes está en crisis. Su marido la auxilia y la saca al patio. La señora se controla y mejor se retiran. Aún está pálida y se santigua a cada rato con el “¡Jesús, Jesús!” en la boca, los ojos dilatados, muy abiertos.

Todo fue rápido, 10 minutos a lo sumo; quizás ni eso.

Al otro día ningún diario, ni los más sensacionalistas, lo informaron. No hubo reporte ministerial porque ni la policía ni los militares alcanzaron a llegar. Al tercer día la foto del

hombre se publicó en las secciones de nota roja. Su cuerpo muerto fue hallado torturado en una zona despoblada de Chilpancingo.

2

El rumbo es la central de autobuses. Son las 3:00 de la mañana. Es junio, son las 3:00 de la mañana y llueve en Chilpancingo. La esquina de Heroínas del Sur y 5 de Febrero está oscura. Dentro de una hora sale el camión al Distrito Federal y no pasa ni un taxi ni un automóvil ni un transeúnte, nada. La vía está desierta y si no fuera por el ruido de la llovizna la noche estaría en total silencio. Una cuadra abajo, en la calle Zaragoza, la vista es la misma: ni un taxi ni un automóvil ni un transeúnte, nada. Más abajo, en la calle Altamirano, por fin se acerca un taxi. Un tzuru con la vela encendida.

-¡Taxiiii! -y el taxi se para.

-Está solo esto.

-Está solo -responde parco el taxista-. ¿A dónde?

-A la terminal de autobuses. ¿No trabajan muchos a esta hora?

-No. Y tampoco la gente sale mucho. Las cosas están muy cabronas como para andar paseándose. Yo una media hora más y me voy a dormir.

La ciudad pasa como el viento por la ventanilla, veloz. Las casas con sus amantes de rutina y hoteles de orgasmos de paso cruzan fugases también por el vidrio mojado. La lluvia arrecía y nubla la vista. El taxista baja la velocidad y cuenta.

-Ya no queremos salir a trabajar en la noche. Chilpancingo está cabrón, ya no sabes a quién te vas a encontrar, no sabes si vas a regresar a tu casa. Los mafiosos andan por todos lados.

-Sí.

-¿Sí?

-Sí. Tiene razón, esto se ha salido de control.

-Yo diría que nos está cargando la chingada. Hace una hora, como a las 2:00 de la mañana, se me ocurrió irme a meter a la colonia el Tomatal, por donde está la secundaria Wilfrido Massieu. Me fui por acá arriba, por las instalaciones de la feria, me metí a la Indeco y luego por rumbo a la Cooperativa. Todo estaba solo, entonces me fui hacia la avenida los Gobernadores y por allá, por la Curva se me emparejó otro compañero y me dio más valor porque ya me quería regresar. Íbamos casi juntos cuando a lo lejos vimos una camioneta

atravesada con las luces encendidas. Pensé que algún accidente y le seguí, pero no. Ya más cerca unos hombres nos estaban haciendo señas con las manos en alto que nos diéramos la vuelta, que no había paso.

“Yo di la vuelta primero, luego mi compañero. Cuando él buscó acomodarse en la calle para darse la vuelta alcanzó a iluminar la parte trasera de la camioneta. Tenían a un hombre o no sé a cuántos tendidos, no sé si muertos. Los batos estaban chingándoselos, y por poco les caemos”.

-O al revés.

-¿Cómo?

-Sí, o por poco ellos le caen a ustedes por haber visto eso.

-¡Nombre! Pos por eso con la seña de que regresáramos yo me di la vuelta rapidito y no hice la lucha de voltear ni nada. Fue por el espejo retrovisor que miré a los hombres. Eran unos ocho, todos armados. Pero estaba tan oscuro que sólo alcancé a ver bultos y atrás los cuerpos tendidos y sin moverse. Me bajé en chinga y me vine a dar vueltas al centro. Es orita que subo que lo vine a encontrar a usted; pero pensaba llegar hasta la 5 de Febrero y de allí bajarme.

-Pues qué bueno que me encontró, porque ya se me estaba haciendo tarde. Mire acá están todos sus compañeros.

-Sí, acá en la terminal no hay pierde. Aunque estemos parados, al menos hay mucho movimiento y la cosa se ve más segura.

-¿Más segura? ¿No recuerda cuando hubo la balacera acá abajo, por el hotel este, Paradise Inn, donde hirieron a un comandante?

-Sí, a mí me tocó la guardia ese día. Salimos hechos la chingada.

-Oiga, pues tiene mala suerte: le han tocado muchas cosas.

-Más bien buena suerte, porque con todo eso, imagínese una pinchi bala perdida... ni se lo estuviera contando.

El carro avanza entre los baches gigantes de la calle de la terminal, a vuelta de rueda.

-Tiene razón, jefe. Por aquí déjeme. ¿Cuánto le debo?

-Nomás 45 pesos.

-¿45? Ándele pues.

1

En julio siempre llueve. Todos los días, menos el martes 12, el día en que hubo la balacera en el mercado central de Chilpancingo. Fue alrededor de las 6:00 de la tarde. La familia de comerciantes de ropa de la Nave 1 comía. El padre, Rodolfo Maldonado Marino, que también fue asesinado, jugaba conquián con otros comerciantes en el estacionamiento de la parte trasera, en el área de descarga.

Se pasaban la salsa y las tortillas cuando unos 10 hombre armados entraron a la tienda por el hijo menor, de 17, Ignacio Maldonado Gómez.

–¡Párate, pendejo; te vas con nosotros! –el chico se resistió, resistió todo lo que pudo.

–¡Te paras o aquí te partimos la madre! –su madre intervino también con gritos, con llantos. Con más gritos.

–Déjenlo. Déjenlo por el amor de dios –clamó primero, luego exigió: ¡Déjenlo, hijos de la chingada! –lo jalaba de un brazo, se le asía, se le aferraba. Hasta que vinieron los disparos ¡bam, bam, bam!... y la huída de los sicarios en medio de los gritos de los demás comerciantes y algunos consumidores que curioseaban entre la ropa y los precios.

A Ignacio (Nacho como lo conocían en el mercado) le dieron en el estómago, y a su madre en el pierna y en un dedo.

–¡Están heridos! –gritaron algunos comerciantes que había corrido hacia ellos– ¡Llamen a la ambulancia! ¡Llamen a la ambulancia!

Los pistoleros oyeron y regresaron a rematarlo. Le dieron más disparos, ahora en la cabeza. Fulminantes.

Salían corriendo hacia la parte de atrás cuando entró el padre pistola en mano y disparando. Mató a uno antes de que una bala le diera en la cabeza al tratar de huir del lugar cuando se quedó sin balas. En el estacionamiento otros los esperaban, y desde arriba les tiraron. Antes de subirse a la camioneta, un pistolero más fue abatido. Quienes vieron dicen que los sicarios arrastraron desde dentro de la Nave a su compañero muerto y lo subieron antes de arrancar junto con el recién herido.

Ese día de julio, cuando no llovió en Chilpancingo a pesar de que todos los días de julio ha estado lloviendo, hubo cuatro muertos y una herida en el mercado central (sólo dos muertos según el reporte de la policía). A las 6:00 de la tarde, una hora en que ya no hay mucha gente, porque el mayor flujo de consumidores es de las 7:00 de la mañana hasta las 4:00 o 5:00 de la tarde.

Ania atendía unos clientes. Vestía unos jeans ajustados a la cadera, una sudadera y unos tenis Converse de bota, porque aunque no llovía hacía frío, un frío como de diciembre.

-¡Dígame, qué van a llevar, qué le damos. Aquí le damos precio, entre sin compromiso!

-Ando buscando pantalones para niño, como él -le respondió su cliente, una mujer como de 40 años, y señaló a un niño como de ocho.

-Ahorita se los muestro -dijo y fue hacia la pared donde cuelgan la ropa de talla infantil.

En eso estaba, buscando ahora entre los bultos de pantalones, cuando vio de reojo que unos jóvenes entraron a la tienda de Nacho tirando unos envoltorios de jeans azules y playeras juveniles. Traían armas largas y pistolas en las manos. Su cliente se metió corriendo. Ella se alarmó y se pegó agachada a la pared, entre la ropa.

-Párate, pendejo, que te vas con nosotros. Te paras o aquí te partimos tu madre, -entonces oyó.

Eran puros chavos, como de veintitantos, acaso menos. Oyó los gritos de Nacho y los gritos de la madre. Intervino.

-¡Déjenlo, él no ha hecho nada! -les gritó y les tiró una mesita de centro donde cobra.

-¡Tú te callas, chamaca pendeja, o también te carga la verga! -le gritaron. Y de una patada le regresaron el mueble. Ella se agachó como estaba e intentó por inercia tomar su celular.

-!Bam, bam, bam! -escuchó los disparos y tiró el teléfono, los primeros que hirieron a sus vecinos; luego vio cuando los jóvenes sicarios se iban. Vio cuando los comerciantes de los alrededores corrieron hacia los heridos y se dieron cuenta de que aún vivían.

-¡Están heridos! ¡Llamen a la ambulancia! ¡Llamen a la ambulancia! -gritaron y los pistoleros oyeron la histeria y regresaron a rematar a Nacho con balazos en la cabeza.

Se iban corriendo, cuando los enfrentó Rodolfo. Se oyeron más disparos y gritos. Ania vio caer a uno de los pistoleros y cuando sus compañeros lo arrastraron. Vio el rastro de sangre en el piso.

A lo lejos más disparos, hondos, los últimos; y luego más gritos y llantos.

-Con esta tercia de Reyes me los friego -dijo Rodolfo a sus dos contrincantes y rió con satisfacción; otros tres miraban. Había completado antes que ninguno sus nueve cartas sobre la mesa. Tercia de cuatros, tercia de Ases y los tres reyes finales. El Rey de Espada fue el último que le salió, con el que ganó el juego. La partida era de 100 pesos.

-Ya nos chingaste otra vez -respondió uno de ellos y completó-: ahora yo barajo las cartas.

En eso estaba. La tarde era fresca, clara pero fresca. Los tres jugadores llevaban chamarras. La de Rodolfo era de piel con forro de borrego. Se oyeron los primeros disparos y alarmados buscaron donde esconderse. Luego otra serie más, ¡bam, bam, bam!

Todo fue muy rápido.

--¡Es aquí, es aquí! –gritó uno de ellos. Y salieron cada uno hacia sus comercios.

–¡Es en el puesto! –gritó Rodolfo, y salió corriendo con la mano en la cintura.

Entró echando balazos; alcanzó a darle a uno de los pistoleros antes de que se le acabaran las balas del único cargador que traía, antes de que, huyendo hacia la parte de atrás –tal vez para recargar su pistola–, otro le diera un tiro en la cabeza. Cayó muerto.

Quienes vieron dicen que eran unos 10 los sicarios. Se subían a sus camionetas que dejaron atravesadas en la entrada de la zona de descarga, cuando desde la parte de arriba otros hombres los atacaron. No se supo si fueron policías, sicarios de otra banda o comerciantes. Ellos respondieron igual y arrancaron mientras subían a su muerto y al que en ese momento acaban de darle. Huyeron.

La acción tardó casi una hora ante los ojos de medio mundo, medio mundo, porque a esa hora, como a las 6:00 de la tarde, no está todo el mundo en el mercado central de Chilpancingo. Luego llegó el Ejército, las policías y los peritos forenses que no acordonaron el área sino unos 15 minutos después, al cerrar todo el mercado.

A las 8:00 de la noche los diarios sensacionalistas de la tarde vendían cientos de periódicos con la noticia y una foto de Rodolfo. La de Nacho no porque su familia no permitió que los fotógrafos entraran a su negocio a retratarlo en el lugar donde había caído, entre su sangre coagulada.

A las 10:00 de la mañana del miércoles, el Ministerio Público aún no entregaba los cadáveres a su familia.

Serían sepultados a las 4:00 de la tarde.

0

Chilpancingo es de las ciudades con mayores índices de delitos en Guerrero, sólo después de Acapulco. Según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi), en Chilpancingo se han registrado 3 mil 941 delitos, contra 10 mil 694 de Acapulco. Sigue Iguala con 2 mil 40, luego Zihuatanejo, mil 414 delitos; Chilapa, 758; Taxco, 666; Tlapa, 604; Ometepec, 603; Técpán, 586; Atoyac, 440; Pungarabato, 380; Tixtla, 340; Ayutla, 329; Coyuca de Benítez, 306; Coyuca de Catalán, 244; Teloloapan, 234; Arcelia, 185; Cuajinicuilapa, 171; San Luis Acatlán, 171; La Unión, 154; Zumpango, 144; Huitzoco, 140; Quechultenango, 128; Petatlán,

128; Tecoaanapa, 120; Marquelia, 114; Xochistlahuaca, 111; Tepecoacuilco, 110; San Jerónimo, 110; Ajuchitlán, 105; San Marcos, 102; Tlapehuala, 99; Cruz Grande, 96; Tierra Colorada, 85; Olinalá, 81; Copala, 81; Cutzamala, 80; Atlixtac, 75; Igualapa, 74; Tlacoachistlahuaca, 72; Zitlala, 71; Metlatónoc, 67; Mochitlán, 66; San Miguel Totolapan 58; Huamuxtitlán, 58; Cocula, 55; Buenavista de Cuéllar, 52; Cuautepet, 49; Zirándaro, 48; Zapotitlán Tablas, 48; Azoyú, 47; Malinaltepec, 46; Juchitán, 44; Ahuacuotzingo, 43; Tlacotepec, 38; Tlalchapa, 38; Pilcaya, 37; Chichihualco, 36; Cochoapa el Grande, 36; Xalpatláhuac, 33; Xochihuehuetlán, 28; Coahuayutla, 26; Alpoyeca, 26; Apango, 23; Tetipac, 23; Apaxtla, 23; Copanatoyac, 22; Alcozauca, 19; Acatepec 17; Tlacoapa, 17; Atenango del Río, 16; Copalillo, 15; Ixcateopan, 15; Hueycantenango, 11; Tlalixtaquilla, 11; Cualác, 11; Acapetlahuaya 9; Cuetzala del Progreso 9; Ixcapuzalco, 8; Iliatenco, 6; Atlamajalcingo del Monte, 4.

Pero estos sólo son números, los más frescos según el Inegi, registrados en 2009. Las historias son otras.

Los blancos del narco

Ejecuciones recurrentes lo mismo contra ganaderos que contra ex alcaldes, pasando por hijos de presidentes municipales, jefes policiacos, comerciantes, empresarios y taxistas. Levantones (modalidad de secuestros pero sin rescate de por medio), y agresiones armadas igual a hospitales que a casetas de vigilancia policiaca, bancos y viviendas particulares con granadas de fragmentación y armas de grueso calibre, AK-47 o Cuerno de Chivo, son los hechos de violencia ligados al narcotráfico ocurridos de manera cotidiana en la Tierra Caliente de Guerrero.

Por su colindancia con Michoacán y el Estado de México está región, una de las siete que tiene el estado, conformada por nueve municipios de grandes campos y ríos, brava su gente como fértil su tierra, ha sido de las que ha resentido con mayor fuerza el recrudecimiento de la narcoviolencia intensificada a partir de la lucha abierta por el territorio de Guerrero –al igual que Acapulco, Costa Grade y Chilpancingo– entre los carteles de la droga más poderosos del país: el Cártel del Golfo y el Cártel de Sinaloa.

Fue desde abril del 2006 cuando se inauguró la narcoviolencia en Tierra Caliente o, al menos, cuando empezaron a darse los hechos más cruentos y consecutivos. Ya no se trataba de casos aislados como lo quisieron hacer ver las autoridades encargadas de la procuración de justicia, sino toda una escalada de violencia cuyo saldo en 2006 y hasta enero de 2007 es de 55 ejecutados, 29 levantados –varios de los cuales fueron hallados muertos días después–, dos decapitados, 14 heridos en balaceras con armas de grueso calibre o productos de ellas; tres hombres que milagrosamente escaparon de levantones y tres agresiones contra una casetas de vigilancia, un banco y un hospital.

No importa a lo que se haya dedicado quien murió bajo una ojiva 7.62 perdida o dirigida, ni tampoco vale decir que se están matando entre ellos, los narcos de la Tierra Caliente. Esta pugna por territorios llegó de improviso y con rifles de asalto AK-47 como arma de conquista. Nadie se salva en esta lucha y el 6 de agosto este aliento de muerte alcanzó a las estructuras del poder político de los ayuntamientos calentanos cuando hombres armados a bordo de un vehículo compacto se le cerraron al presidente municipal de Arcelia, Nicanor Adame Serrano, en la carretera a Iguala y le gritaron que se parara, según denunció el alcalde.

En su declaración judicial dijo que se trató de un intento de secuestro o levantón, como represalia a las declaraciones que hizo respecto a que policías y funcionarios de la PGR

estaban coludidos con el narcotráfico, y esto motivó que fueran removidos agentes adscritos a la delegación de Coyuca de Catalán.

Más tarde, el 11 de agosto hombres armados levantaron al ex alcalde de Zirándaro, Benito Pineda León, cuando viajaba en su camioneta y fue interceptado en el camino a San José del Pilón, alrededor de las 1:00 de la tarde. Pineda fue presidente de Zirándaro entre 1999 y 2002. Su cuerpo fue hallado el jueves 17 en los márgenes del río de El Oro, en la población de Pandacuaro, amarrado de pies y manos, ejecutado de tres balazos en la cabeza.

El 14 de agosto fue levantado en el poblado de El Coco municipio de Zirándaro, el sobrino del ex alcalde Marcial Cárdenas, Gilberto Bermúdez Cárdenas conocido como El hijo del Zurdo, hijo de Gilberto Bermúdez Peñaloza, alias El Zurdo, levantado en dos ocasiones en febrero y ejecutado en la última ocasión que lo agarraron.

Según la policía, alrededor de las 11:00 de la mañana una camioneta X-Trail, llegó a la comunidad de El Coco, a la entrada de la cabecera municipal, y se llevó a Bermúdez Cárdenas. El hijo de Zurdo apareció muerto al día siguiente en la comunidad de La Florida, del mismo municipio. Su cadáver tenía varios impactos de bala en el cuerpo.

Pero su cadáver no estaba sólo. Con él fueron hallados dos cuerpos más, que, según la policía ministerial fueron levantados al mismo tiempo. Se supo que uno de los ejecutados era Humberto Damián Quintana de 40 años, en tanto del segundo no se conoció su identidad.

Y el 5 de septiembre la Tierra Caliente fue escenario de una serie de ejecuciones que comenzaron cuando encontraron dos hombres degollados en el puente Adolfo López Mateos, la única separación (o unión) entre Guerrero y Michoacán. En este punto fue descubierta una camioneta Chevrolet en cuyo interior estaban los dos cuerpos, uno de ellos José Hilde Suárez Berrum, originario de Cutzamala del Pinzón, y hermano del ex alcalde de ese municipio, Ranferi Suárez Berrum.

Sobre el cadáver la policía encontró un narcomensaje: "Esto es un saludo de parte de los güeritos José Luis Rodríguez Olivera y Esteban Rodríguez Olivera y la calabaza para Eduardo Costillo y Heriberto Lazcano y para Efraín Teodoro, AZ 14", esto es, los líderes del grupo de sicarios conocidos como Los Zetas, el brazo armado del Cártel del Golfo.

El 5 de noviembre nuevamente la narcoviolencia alcanzó las esferas del poder municipal cuando fue ejecutado con armas AK-47, AR-15 y 9 milímetros el hijo del alcalde perredista de Ajuchitlán del Progreso, Andrés Palacios Hernández, Iván Palacios Rodríguez. El atentado ocurrió cuando el joven venía de un baile con un amigo. Fue encontrado calcinado en su camioneta en la curva de Jaripo, Coyuca de Catalán. El otro muchacho que lo acompañaba de nombre Ulises Tiburcio Vanegas, sólo resultó herido.

Le siguieron los policías.

El 19 abril dos vecinos de la comunidad de Las Cruces municipio de Coyuca de Catalán fueron ejecutados con armas 38 súper en una balacera que se suscitó en el centro del poblado de Tarétaro. Una de las víctimas es Carlos Alberto Sandoval Salinas hijo del sargento José Sandoval Vallejo, asesinado antes en Riva Palacio Michoacán. Allí mismo murió Ramiro Sandoval Rentería, primo del primero.

Pero la narcoviolencia no tardó en alcanzar a los jefes policiacos de la Tierra Caliente. El 22 de abril fue ejecutado el director de Seguridad Pública de Pungarabato, Fidel Arellano Arellano de 10 balazos en un atentado con rifles de asalto AK-47; en el lugar fue herido el policía preventivo Everardo Pérez Serrano. El hermano de Arellano, que también iba con ellos, resultó ilesa. La emboscada letal ocurrió en el poblado de Las Querendas del mismo municipio. El comandante iba rumbo a su casa ubicada en la comunidad de Los Limones, dijeron después fuentes de la Policía Investigadora Ministerial.

El 31 de julio fue hallado ejecutado el cuerpo del ex policía de Zirándaro, Indalecio Morales Morales, vecino de Huetamo, Michoacán y desaparecido desde el sábado 29. Su cuerpo fue localizado en la orilla del río Balsas, del lado guerrerense, atado de pies y manos y con un gato hidráulico tipo patín amarrado a la espalda para que el cuerpo se hundiera en el agua.

El 16 de octubre el oficial de la Policía Federal Preventiva sector Caminos, Abel Alejandro Cruz Medina, fue herido a balazos al ser atacado con rifles AR-15 en una peluquería ubicada en la avenida principal de Coyuca de Catalán. El agente originario de Ciudad Victoria, Tamaulipas, recibió un disparo en el glúteo derecho de hombres que abordo de un automóvil Jetta dispararon contra el establecimiento a unos 10 metros de distancia.

El 17 de octubre el hermano de un escolta del entonces gobernador Zeferino Torreblanca Galindo fue ejecutado de varios impactos de bala de alto calibre en el bulevar a Coyuca de Catalán. De acuerdo con el informe policiaco, Andrés Alberto Arellano Moreno, originario de Chilapa, recibió cinco impactos de bala de calibres AK-47 y 9 milímetros en el pecho y rostro. Su cuerpo quedó tirado sobre el asfalto.

Un día después, el 18 de octubre, dos habitantes de la Tierra Caliente fueron reportados como levantados cuando policías ministeriales buscaban a otros dos hombres desaparecidos desde el 14 en los municipios de Pungarabato y Huetamo, en Michoacán. El primer caso es el policía preventivo de Coyuca de Catalán, Alfredo Manríquez Gallegos, desaparecido desde el 9.

El 14 de noviembre el subprocurador de procedimientos penales de la Procuraduría de Justicia estatal, Jesús Alemán del Carmen reveló que dos soldados del 40 Batallón de Infantería con sede en Ciudad Altamirano fueron levantados por hombres que se desplazaban en una camioneta X-Trail. La desaparición de los militares movilizó al Ejército y cateó una casa en esa cabecera municipal y decomisó un arsenal, drogas y vehículos.

El 10 de diciembre, la narcoviolencia alcanzó nuevamente el ámbito policiaco. En un ataque a la comandancia de la Policía Preventiva Municipal de Ciudad Altamirano, dos policías murieron y un hombre más resultó herido; fue detenido para ser investigado. Los oficiales muertos son Javier Mondragón, vecino de Riva Palacio Michoacán, y el radio operador Antonio Aguirre Cuevas, originario de la comunidad de El Coco, En Coyuca de Catalán.

Golpe en los ranchos

El 5 de septiembre, el ganadero Mario Cruz Ramírez de Coyuca de Catalán fue sacado de su vivienda por hombres armados en la comunidad de Puerto de Oro. El crimen no fue reportado sino hasta el otro día. Su cadáver fue localizado el 7 con un balazo en el pecho, en un camino por el rumbo de ese poblado. Y el 13 de noviembre el ganadero de Coyuca de Catalán Adán Reinoso Albarrán fue hallado muerto en la carretera federal que va a Zihuatanejo, con un disparo en la cabeza pero sin huellas de tortura. El ganadero era originario de la comunidad de La Estancia, de Coyuca de Catalán, y radicaba en el pueblo de Manchón Parotas.

Si te hace parada la muerte

El taxista Julio Gaona Arias tenía 43 años cuando, el 31 de agosto, apareció ejecutado en la cajuela de su taxi en el centro de Ciudad Altamirano. Media hora antes dos grupos armados se balacearon en la misma zona y se supo que uno de éstos lo dejó en el automóvil con cinco impactos de bala de armas de grueso calibre en la cabeza.

La misma mala suerte fue para Marcos Alonso Cárdenas de la tenencia de Riva Palacio, Michoacán. Cuando ingresó a Ciudad Altamirano, el 5 de septiembre, hombres armados que viajaban en cinco camionetas lo bajaron de su taxi, de acuerdo con un informe policiaco. Ocho días después, el martes 12, Alonso fue hallado muerto en la ribera del río Balsas, en la comunidad de El Tule, municipio de San Lucas, Michoacán.

El 8 de noviembre el taxista de Ciudad Altamirano Aurelio Rebollar Díaz fue ejecutado de 10 impactos de AR-15. Su cuerpo fue localizado en la orilla del río Balsas, en el embarcadero del lado de Huetamo, Michoacán, en el cruce hacia Zirándaro en la región de la Tierra Caliente.

La hoz y el arado

Brota muerte de la tierra en esta región, como brota fecundo el germen del melón y el mango, exportados en miles de quintales a Estados Unidos y al Distrito Federal. Esta es un zona fértil para cualquier semilla. No importa de que sea: limón, naranja o lima. Marihuana o amapola. Abundante, reddituable su siembra y su cosecha sobre cualquier costo, bajo cualquier cuenta, incluso la de las muertes violentas ligadas al tráfico de estupefacientes. Así se da. Incluso para los campesinos, muchas de las veces simples sembradores, simples cuidadores de parcelas. Es lo mismo. La hora llega inexorable.

Así fue la madrugada del 4 de julio cuando fueron ejecutados con rifles AK-47 José Alberto Juárez y José Luis Juárez Jiménez en la comunidad de Las Cuevitas, municipio de Ajuchitlán. Los sicarios les dispararon al vehículo en que viajaban y allí quedaron los cuerpos.

El 7 de agosto fue asesinado Rosemberg Olmos Duarte, originario de la comunidad de Las Parotas Mochas y su cuerpo fue arrojado en un barranco en la comunidad de Los Cimientos, en el municipio de Zirándaro. Tres meses después, en una población de nombre La Comunidad, en el municipio de Ajuchitlán del Progreso, el 15 de noviembre ejecutan de seis impactos de bala de AK-47 al campesino Anacleto Bueno Barona originario de Plan de la Gallina.

El 10 de enero de 2007 fue ejecutado el campesino Noé Salgado Rentería y vecino de Tlalchapa, con ocho disparos de AK-47 y .45 en la cabeza que le desfiguró totalmente el rostro, dijeron fuentes del Ministerio Público. Su cadáver fue hallado en un camino de ese municipio, a medio kilómetro de la comunidad del Tamarindo, 10 metros adentro de la carretera estatal que conduce a Arcelia. Los vecinos que lo hallaron dijeron que al escuchar los disparos acudieron al lugar y fue cuando lo vieron tirado sobre un terreno de siembra. En 2005 su hijo Noé Salgado Rentería fue ejecutado en circunstancias similares.

Ni con dinero la libras

No hay tregua para nadie. Importa poco si se acaba en petate o en mortaja. En el río o en un paraje. Viudas, huérfanos y padres que entierran a sus hijos son una especie cada vez más común en estos pueblos insólitos. Cutzamala es uno de ellos. Aquí el 4 de mayo fue ejecutado de un balazo calibre 9 milímetros en la cabeza Manuel Urquiza Martínez, hijo del empresario gasolinero Hilario Urquiza, dueño de la gasolinera de esa cabecera municipal y otras en Huetamo, Michoacán. El cuerpo del joven de 30 años que vivía en Ciudad Altamirano fue encontrado con el tiro de gracia arriba de su camioneta que abandonaron cerca del río Cutzamala, en la colonia El Calvario.

Y el 23 de junio en la noche, el empresario transportista Sotero Gómez Guzmán fue encontrado ejecutado con un balazo de 9 milímetros en la cabeza a tres cuadras de zócalo de Ciudad Altamirano, abandonado con los pies y las manos atadas por la espalda en el asiento trasero de una camioneta. Sotero era dueño de la empresa Autotransportes Cima

Real con dos terminales, una en Huetamo y otra en Riva Palacio, en Michoacán, población vecina de Ciudad Altamirano.

El 16 de julio fueron levantados el hijo del dueño de una empresa purificadora de agua en Ciudad Altamirano Ranferi Rodríguez Ávila, de 20 años y su novia Esmeralda Rentería Luviano de la misma edad, por hombres armados en Riva Palacio. Los jóvenes fueron sorprendidos cuando viajaban en su vehículo en la carretera, a 100 metros de la glorieta Vicente Riva Palacio. Más tarde fueron abandonados ilesos en la vía que va a San Lucas, adelante de la comunidad de El Cuajilote y llegaron por sus propios medios a Ciudad Altamirano.

El 8 de agosto grupos policiacos destacamentados en la región buscaban al transportista de Arcelia, Camilo Pineda Velázquez levantado dos días antes en una colonia de Ciudad Altamirano. Según la Policía Investigadora Ministerial hombres armados con Cuernos de Chivo (o AK-47) llegaron en una Liberty negra a la colonia Morelos y se lo llevaron. Nunca más hubo noticias de él.

El 1 de octubre los vecinos de Apatzingán, Michoacán Victoriano y Geminiano Ortúño Hernández que tenían un bar en Zirándaro fueron ejecutados con varios impactos de bala después de ser levantados por un grupo armado, en medio de una balacera. Nueve días después, el 10 de octubre, tres hombres fueron ejecutados en Zirándaro, entre ellos el empresario Martín Duque Ríos dueño de Divisas del Balsas, la casa de cambio de mayor importancia en la región de Tierra Caliente.

El empresario fue hallado con uno de sus trabajadores de nombre René Pineda Bermúdez, junto al río Balsas, en la zona conocida como el Embarcadero, del lado de Michoacán. El otro cadáver quedó tirado en uno de los caminos de terrecería de Zirándaro, amarrado de las manos y con disparos calibre .45 en distintas partes del cuerpo. Se supo que era el señor Carmen Pineda Ortega originario del pueblo Quetzería, del municipio de Zirándaro.

El 20 de noviembre fue asesinado en Las Querendas, municipio de Pungarabato, Longino Noria Valencia, dueño de un motel en esta comunidad, de tres balazos 38 súper en la garganta cuando se encontraba en una habitación con su familia de la misma hospedería.

Bienvenidos a Guerrero

Recurrentes también han sido en Tierra Caliente las ejecuciones y levantones de gente recién llegada del norte del país o de Estados Unidos: el jueves 27 de mayo, el vecino de la comunidad de Pinzán Morado, en Coyuca de Catalán, Nicolás Ochoa Almonte –recién llegado de la ciudad de Reynosa, Tamaulipas– fue hallado muerto con cuatro balazos de pistola .9 milímetros en la cabeza afuera de un automóvil compacto sobre la carretera federal Iguala-Chilpancingo, informó la Procuraduría General de Justicia.

La dependencia precisó que el cadáver fue identificado por su esposa, Mónica González Jiménez, dijo que vivían en Ciudad Altamirano y que su esposo se dedicaba al cultivo de tilapias en estanques artificiales en los municipios de Pungarabato y Arcelia.

El 9 de junio ocurrió una de las jornadas violentas de 2006 que más muertos dejó en Tierra Caliente, cuando con métodos parecidos fueron ejecutados cuatro hombres: dos en Tlalchapa, uno en Zirándaro y otro en Ciudad Altamirano. Y en la mañana de ese viernes hubo un reporte de que en la comunidad de La Calera, municipio de Zirándaro, fue asesinado de varios disparos en la cabeza Juan Baltazar, hermano del comisario de ese pueblo.

Horas después, alrededor de las 5 de la tarde, fueron hallados en Tlalchapa los cadáveres de dos jóvenes de entre 18 y 22 años, a 30 metros de una camioneta abandonada y que tenía muestras de que había sido incendiada. Pasó sólo hora y media, cerca de las 6:30, cuando de nueva cuenta se reportó otro ejecutado en la colonia Tierra Blanca de Ciudad Altamirano, hallado con las manos amarradas en la espalda y con el tiro de gracia en la cabeza.

Sobre este caso, días después, el que en ese entonces se desempeñaba como jefe de la policía ministerial, Erit Montúfar Mendoza, dijo que aunque los cadáveres aparecieron en lugares distintos los hechos tenían nexos entre sí: tres de ellos, los hallados en Tlalchapa y Ciudad Altamirano, eran amigos y originarios de la comunidad de Rincón Chámacua, Coyuca de Catalán, y uno de ellos tenía seis días de haber regresado de Estados Unidos.

Ese mismo día pero en la comunidad de Los Terrones, municipio de Coyuca de Catalán, una mujer fue herida en un ataque a una vivienda con armas AK-47, .9 milímetros y .38 especial; mientras que efectivos del Ejército localizaron en el lugar una granada que no explotó, así como 364 casquillos de bala de diferentes calibres.

La señora Manuela Valdez Beltrán cuyo esposo trabaja en Estados Unidos, resultó con cinco impactos de bala, dos de ellos le dieron en el estómago que puso en peligro su vida. También el domingo 9 de julio dos vecinos de la comunidad de la Ciénega de Arriba, municipio de Coyuca de Catalán, fueron levantados en la cancha del pueblo por un grupo de 10 hombres armados.

Al siguiente día, Leopoldo García Palacios aparece ejecutado en Banco de Quirirícuaro, a 20 kilómetros de la cabecera municipal, con cuatro balazos en el cuerpo. En tanto que el otro desaparecido era Rigoberto González Rentería. Su cadáver fue hallado 20 días después a 5 kilómetros de la Ciénega, casi en el mismo punto donde fue localizado su amigo. Ambos tenían 15 días de haber llegado de Estados Unidos, en donde llevaban más de un año radicando.

Luego, en agosto en el municipio de Ziracuaretiro, una pareja originaria de Tijuana, Baja California, fue baleada a la orilla de la carretera de esa localidad. El hombre fue identificado como Marcelino Corza Contreras. Nunca se supo la identidad de la mujer que lo acompañaba.

El 18 de octubre la narcoviolencia alcanzó niveles extremos. Dos cabezas mutiladas fueron encontradas adentro de una maleta en el centro de Ciudad Altamirano y los cuerpos aparecieron más tarde en Riva Palacio, Michoacán en la cajuela de un automóvil compacto con un mensaje sin firma ni destinatario escrito en una cartulina donde se leía: "que sigas mandando de estos pendejos para que te duela". Después se supo que eran originarios de Matamoros, Tamaulipas y que andaban en la Tierra Caliente, de vacaciones, según dijo su familia.

Ese mismo día pero en la tarde, hombres armados intentaron levantar a un transeúnte de Nuevo León en Ciudad Altamirano; sin embargo, éste corrió hacia un banco y se suscitó una balacera entre los sicarios y los trabajadores de seguridad del establecimiento.

El 4 de diciembre hombres armados y encapuchados a bordo de 10 camionetas levantaron a Raúl Torres Pineda en la comunidad de Santa Teresa, en el municipio de Coyuca de Catalán; tenía cuatro meses de haber llegado de Estados Unidos. Según un reporte policiaco en cada uno de los vehículos viajaban tres hombres armados con rifles de asalto y de ellas descendieron para subir a Torres.

El 2007 se inauguró con la muerte de la niña de dos años Alejandra Michelle Yáñez cuando el 7 enero hombres armados ejecutaron de dos balazos calibre 9 milímetros en la cabeza a su joven padre, Román Yáñez Pineda, habitante de la Ciénega de Abajo, municipio de Coyuca de Catalán al momento que conducía su camioneta en la carretera estatal a Zirándaro.

En medio de la confusión en el ataque también resultaron lesionados su esposa, María Pineda, y su sobrino Ailio Yáñez, porque el vehículo en que viajaban se fue a un barranco, donde también quedó el carro compacto donde iban los agresores que perdieron el control al ser impactados por Yáñez. La característica singular de este nuevo ataque fue que la víctima tenía 15 días de haber llegado de Estados Unidos, de donde vino para asistir a una fiesta familiar.

El hilo conductor

Si hay algo que pueda vincular a todos los muertos en esta región son las armas de fuego como instrumento de muerte. El estilo propio del narco. La marca de la casa. Y Tierra Caliente siempre ha sido mentada por eso. Ellas hablan antes que nada, antes que nadie. Las armas, largas o cortas, resuelven disputas o malos entendidos. Son los jueces inapelables y omniscientes. La cifra de quienes caen frente a ellas corre como los dígitos en los marcadores de las bombas de gasolina. Imparables. Las 24 horas. La muerte no tiene descanso en estos sitios:

La madrugada del 4 de junio de 2006, fue asesinado de varios disparos de grueso calibre el doctor José Pineda Flores, cuando regresaba a Ciudad Altamirano desde la

comunidad de El Naranjo, municipio de Coyuca de Catalán. En la agresión también fue herida una mujer que lo acompañaba. El médico ginecólogo venía de una pelea de gallos y alrededor de las 3:00 de la madrugada fue emboscado cerca de un vado, en donde le dispararon en varias ocasiones en la cabeza y el pecho.

El 25 de junio otro hombre fue encontrado ejecutado, sólo que éste en la carretera federal de Coyuca de Catalán que conduce a Zihuatanejo. El cuerpo tenía cinco disparos de pistola calibre 45, uno de ellos en la cabeza, a modo de tiro de gracia y estaba tirado en la cuneta de la vía federal.

El 27 de junio el trabajador del Ayuntamiento de Arcelia, Francisco Nava Valdez fue asesinado, en tanto que su yerno Vicente Díaz Vargas fue herido de un balazo en el abdomen. El Ministerio Público informó que Nava murió de cuatro impactos de bala al parecer calibre 22, dos en la espalda, una en el antebrazo izquierdo y una en el cuello.

El 31 de agosto una balacera entre grupos armados en el centro de Ciudad Altamirano marcó la vida dos niños. Los menores Daniel Yair Vega Félix de 11 años y su hermano Félix de 6 fueron heridos uno en el pie y otro con un pedazo de concreto en la cabeza, al pasar por el lugar a la 1:30 del día, luego que salieron de la escuela primaria. En el área de la balacera se recogieron más de 200 cascajos de AK-47 y 9 milímetros. En la misma zona donde se dio este enfrentamiento, horas más tarde, un taxista fue ejecutado, y su cuerpo fue dejado en la cajuela de su vehículo.

Más tarde, en un basurero de Uruapan fue localizado el cuerpo desnudo de un hombre de entre 30 y 35 años, esposado y con muestras de tortura. Tenía al menos 20 impactos de bala. Allí se encontró otro narcomensaje con la leyenda: "el tiempo no borra el odio y La Familia no olvida, saludos al Roto y a los Dimas".

El 15 de octubre fue localizado el cuerpo de un hombre con tres disparos en la cabeza en el kilómetro 65 de la carretera a Zihuatanejo, en el municipio de Coyuca de Catalán. En tanto, cuatro integrantes de una familia fueron levantados en la comunidad de Guayameo, en el camino hacia la sierra de Zirándaro, y hasta la noche del domingo se desconocía su paradero.

El 20 de octubre fue encontrado el cadáver de un hombre que estaba amordazado, maniatado y con un disparo en la cabeza a un lado del río Balsas, a la altura de la comunidad de El Tule municipio de San Lucas, Michoacán, y en cuyo lado contrario está Coyuca de Catalán.

Y el 22 de octubre dos hombres fueron ejecutados en Huetamo, Michoacán, uno de los cuales fue identificado como originario de Arcelia, Guerrero. El primero, Jesús Martínez Antón de 42 años, con domicilio en la calle Flores Magón de la colonia Barrio Alto de Huetamo, tenía 17 impactos de alto calibre. El segundo fue identificado con el nombre de Emiliano Vallejo Carachure de 28 años, vivía en la calle La Cruz de la colonia Progreso. Había recibido en todo su cuerpo seis disparos de calibre 2.23 de fusil AR-15.

El 29 de octubre, un cadáver fue localizado en la orilla del río Balsas, en la comunidad de Río Florido, en el municipio de Coyuca de Catalán, amarrado y con señas de tortura. De acuerdo con el reporte pericial, el cuerpo presentaba lesiones en la cabeza, brazos y pecho, probablemente con fractura de cráneo.

El 13 de noviembre el cuerpo ejecutado de un hombre apareció en el camino a San Miguel Tecatlán, en el municipio de Tlalchapa, con un impacto de bala en la cabeza. El cadáver estaba entre el monte en una curva conocida como El Zapatito, a 50 metros del camino. Nadie pudo identificarlo y negaron que se tratara de alguien del pueblo.

La madrugada del 15 de noviembre fueron baleadas las instalaciones del hospital del IMSS en Ciudad Altamirano por hombres no identificados que luego escaparon. El ataque no dejó heridos. Trabajadores de seguridad del hospital pidieron apoyo de la policía preventiva de Pungarabato.

El 17 de noviembre el albañil Gregorio Jiménez García, de 48 años, fue sacado de su vivienda por un grupo armado y vestidos de negro que se identificaron como policías, en el poblado de El Coyol, en la parte serrana del municipio de Coyuca de Catalán. Más tarde apareció muerto de cinco impactos de bala de AK-47 y 9 milímetros en el crucero con la comunidad de San José de la Quesería.

El 27 de noviembre un hombre fue levantado en el centro de Ciudad Altamirano – según un reporte policiaco –, cuando a las 10:30 de la mañana caminaba por la calle Fray Juan Bautista Moya, esquina con Antonio del Castillo, cerca del mercado municipal, y fueron los comerciantes quienes avisaron a la policía. Ese mismo día, hombres armados abordo de tres camionetas levantaron en el centro de Ciudad Altamirano a Pedro Pérez Pablo vecino de Riva Palacio, Michoacán (localidad contigua a Ciudad Altamirano), y a Antonio de Jesús Benítez Arce, de Huetamo. Tras una operación de revisión el Ejército detuvo a cuatro hombres armados, dos de ellos en un coche blindado.

A Pérez Pablo lo encontraron ejecutado el 29 de noviembre en terrenos ejidales de Sinahua, cerca de la curva de Changata, en el municipio de Pungarabato, de donde, después se supo, era originario. Del segundo no se tuvo noticias.

El 2 de diciembre fueron levantados el señor José Serrano Amador y su esposa Elvira Palacios Ríos en el centro de Amuco de la Reforma, municipio de Coyuca de Catalán, en medio de disparos de sus captores. Según un reporte policiaco los hechos fueron alrededor de las 12:30 del día, en la calle principal del poblado y cuando la policía preventiva se encontraba de recorrido en otro pueblo.

La madrugada del domingo 3 de diciembre fue encontrado en Ciudad Altamirano el cuerpo de Reymundo Cárdenas Gómez, vecino de Jaripo, municipio de Coyuca de Catalán y empleado de un hotel, ejecutado por asfixia en un vehículo abandonado cerca del puente que une a Guerrero y Michoacán. Junto al cadáver dejaron un narcomensaje que decía: "Soy el Zeta famoso Toño Samora hijos de su pinche madre, y me faltan más pendejos y arriba

Cutzamala". Este hecho, según la Procuraduría de Justicia, fue perpetrado por el grupo de sicarios denominado La Familia, que opera en Michoacán.

El 8 de diciembre Cristina Islas Orozco, originaria y vecina de la comunidad de Terrero Blanco, municipio de Coyuca de Catalán quedó herida en la espalda cuando la camioneta en que viajaba con su hijo fue baleada con más de 50 disparos de grueso calibre en una gasolinera a las afueras de la cabecera municipal. Según fuentes policiacas el chofer de la camioneta, de nombre Eleuterio Méndez Rodríguez, también resultó herido y logró escapar a pie. No obstante, tres días después, el 11 de diciembre, su cadáver fue hallado en un lote baldío en la colonia El Calvario de esta ciudad, a 100 metros de donde se dio la balacera.

El 8 de enero de 2007 el cuerpo del Alfredo Ocampo Campos vecino de la comunidad Villa Nicolás Bravo, en Ajuchitlán y que según sus familiares padecía de sus facultades mentales, apareció muerto de cuatro balazos calibre 38 súper en la espalda, en el arroyo del poblado de Santa Teresa municipio de Coyuca de Catalán. A pesar de que la familia dijo que eran frecuentes las ausencias de Ocampo y no interpusieron ninguna demanda penal por su muerte, la policía ministerial tomó las investigaciones a su cargo por el tipo de arma que usaron los asesinos y la forma en que fue ejecutado.

El 14 de enero el vecino del poblado de Pineda en el municipio de Coyuca de Catalán, René López Sandoval, fue herido de un balazo en el estómago y otro en el brazo en un atentado que sufrió en el patio de su casa, cuando unos hombres que no pudo identificar le tiraron desde la oscuridad en el momento que el salió de su vivienda.

Y el 23 de enero fue ejecutado el vecino de la sierra de Ajuchitlán Jimeno Araujo Domínguez de varios impactos de bala de diferentes calibres, en un camino a la comunidad de Puerto Grande en el municipio de Ajuchitlán. Dado a que la policía ministerial no tuvo conocimiento oficial del caso no se pudo precisar las condiciones en que ocurrió el homicidio; sin embargo, las autoridades comunitarias lo confirmaron.

Abrazos vs la narcoviolencia

Y a pesar de todo hay esperanza.

Se ve en los ojos de una anciana, un padre de familia, un chavo banda, un chavo bien, un grupo de cinco preparatorianos, un lustre zapatos, policías, altos mandos del grupo de educación militarizada Pentatlón cuando, todos, reciben con euforia e invariablemente atónitos y ruborizados los abrazos de un grupo de siete jóvenes, mujeres y hombres, que con pancarta en mano con la leyenda “abrazos gratis” recorren el zócalo de Chilpancingo.

“Es un modo de responder a tanta violencia. Esta debe ser la otra cara de la realidad del país y del estado”, dice uno de los activistas cuando se le pregunta el motivo de su acción. “Ante la violencia, el afecto que tanta falta nos hace”. Y en efecto, ahora que los titulares de todos los periódicos alardean la decapitación de policías ministeriales, la ejecución de familias enteras en Acapulco y que de las notas rojas escurre sangre ajena, no es para menos un par de abrazos para curarse de espanto, por más que se diga que ahora nadie padece de eso.

–¿Y eso qué significará? –pregunta una señora a su esposo mientras éste regresa a ver a quienes derrochan afecto.

–No sé, han de ser religiosos o algo así –responde con la misma perplejidad que su compañera.

Pero no. Cuando se le inquire a los jóvenes si pertenecen a algún grupo religioso, a una iglesia o a alguna organización civil dicen que no, que ellos como vecinos se organizaron a iniciativa propia, que nadie los mandó porque nadie manda a dar abrazos cuando éstos no se sienten y es cierto, sólo que todos dudan porque “no vaya a ser una tomadura de pelo”, dice un anciano mientras camina seguido, casi acosado, por una muchacha con su pancarta que le responde que no, que no hay cámara de televisión ni nada por el estilo y que en realidad son abrazos sin ningún interés de por medio y entonces éste sede.

En un entorno en que la televisión vende ilusiones y la circulación de los diarios crece de acuerdo con la estridencia en que se anuncia la matazón del día, todos miran con zozobra, incluso algunos se pasan de largo, con indiferencia, cuando las chicas casi les ponen en su cara la cartulina con su letrero muy grande de que andan regalando abrazos. Quienes van con sus parejas disimulan, mujeres y hombres, pero regresan a ver a los que se atreven a ser estrechados.

Una anciana enjuta, su cabello blanco parece un gran nido de pájaro, incluso es ayudada a subir unas gradas frente a la catedral. Luego le explican lo que andan haciendo

porque parece que no sabe leer y la abrazan tres chicos al mismo tiempo. La señora sonríe ruborizada, luego ellos se abrazan cuando la señora sigue su marcha, acaso satisfechos de haber dado –al menos por unos segundos– felicidad a un ser humano.

Hay de todo y para todos. También un grupo de seis hombres maduros que se sientan para recibir el fresco de las 10:30 de la mañana bajo la amabilidad de un árbol reciben con diversión de rabos verdes los abrazos de las veinteañeras. Hacen fila, se dejan llevar por este amor fraternal que puede durar segundos o toda la vida. El perfume de las chicas, al menos, les durará el resto del día. Y unos niños que están entre el pelotón del Pentatlón mirando curiosos lo que ocurre mientras pujan las sentadillas y las lagartijas impuestas por sus superiores gritan luego de esto que también quieren abrazos y no se los escatiman. Corren hacia ellos y los chiquillos los reciben como si fueran sus padres después de días sin verlos. O peor, como si fueran niños de hospicio.

Los activistas son de diferente condición económica, se mira en su vestir de marca en unos y en otros de bastante sencillez, pero igual dan sus abrazos con gusto, se nota en su sonrisa, en su mirada, brillante las pupilas dilatadas. Uno con playera Polo hasta corre al encuentro de sus prospectos y así ni las señoras ni las muchachas le dicen que no. Lleva en lo alto su pancarta y la baja al momento de extender los brazos una y otra vez. Seguro es el que lleva más, se piensa, pero no. Tampoco.

El reloj del Ayuntamiento toca desde su mecanismo exacto engranado en la torre principal Por los caminos del sur, una canción emblemática de este estado, faltando tres minutos para las 12:00 del día. Los activistas se agrupan en la sombra de un gran árbol, al lado está petrificado quien leyó en 1813 los Sentimientos de la Nación en esta ciudad, José María Morelos y Pavón. Se escucha un corte de caja: “yo di como 50 abrazos”, dice uno mientras dobla su cartulina; los otros cuentan más o menos, pero en sus voces hay satisfacción, de esa experimentada pocas veces, como cuando se gana un premio en la primaria o de cuando se va de día de campo con la familia. Uno más, de estatura mediana con una evidente malformación en una de sus piernas que cojea, asegura haber contado 80 abrazos repartidos y sus compañeros le creen, caminan hacia afuera de la plaza cívica aún hablando de su proeza. Se pierden en la lejanía ante quienes aún no creen del todo lo que acaban de presenciar.

SEGUNDA PARTE



I. Adiós a los dólares

La caída drástica del turismo extranjero en Acapulco coincide con la aparición del fenómeno de la narcoviolencia en el puerto, en 2005 y en 2006. Diversas fuentes indican que la narcoviolencia, o la difusión de ésta en los medios informativos, es la causa de que la tendencia a la baja de esa fuente de ingresos se haya profundizado.

El número de turistas internacionales bajó en 2006 en el país en su conjunto. Según cifras del Banco de México, tuvo una caída de 4.3 por ciento de enero a septiembre de 2006 respecto al mismo periodo de 2005. Pasó de 16 millones 564 mil a 15 millones 847 mil.

En una entrevista en el noticiero de radio de cadena nacional (José Cárdenas Informa), el miércoles 22 de noviembre, el entonces secretario de Turismo federal, Rodolfo Elizondo, reconoció que una de las tres causas de esa disminución es la violencia vinculada al narcotráfico en Acapulco.

El funcionario, que estuvo en el primer bloque de anuncios de secretarios del gabinete del nuevo gobierno, y el único que fue ratificado en el cargo por el presidente Felipe Calderón, fue entrevistado al aire por el periodista, que le preguntó la causa de la baja en la llegada de turistas extranjeros a México.

Elizondo, que está a cargo de la Secretaría de Turismo (Sectur) y cuya meta era hacer de esta actividad el principal generador de divisas al país (actualmente ocupa el tercer lugar, después del petróleo y las remesas que envían los trabajadores que emigran a Estados Unidos), explicó que esa caída en 2006 se debe a problemas locales que se presentaron este año, y mencionó el conflicto político en Oaxaca –en uno de cuyos disturbios murió el periodista estadunidense Brad Will–, la violencia vinculada al narcotráfico en Acapulco y los últimos efectos del huracán Wilma en Cancún.

En Acapulco, la observación del secretario coincide con la información de la agencia de viajes Turismo Caleta, una de las de mayor tradición en el puerto, publicada en el periódico El Sur el 13 de diciembre, que señala que sus ingresos por turismo internacional bajaron 20 por ciento en este año en relación con la misma temporada de 2005.

Según la nota, el director de la agencia, Antonio Cardoso Radilla, consideró que una de las causas del descenso es la difusión negativa que se ha dado de la violencia en el puerto, que desde su perspectiva “es mucho mayor” a la publicidad que se difunde en el extranjero.

También declaró que agencias mayoristas de planes vacacionales como Continental Vacations y Delta Vacations han disminuido 35 por ciento sus reservaciones con respecto al año pasado, aunque en su agencia aún esperan que estas reservaciones se incrementen conforme se acerca el periodo vacacional.

De acuerdo con reportes periodísticos, en 2005 se registraron 51 ejecuciones al estilo del narcotráfico en Guerrero, oficialmente atribuidas a la delincuencia organizada. Entre los casos de mayor impacto están el del empresario acapulqueño Alexis Iglesias, el 25 de enero, y el del subdirector de la Policía Investigadora Ministerial del gobierno de Zeferino Torreblanca Galindo, Julio Carlos López Soto, el 2 de agosto, ambos en la zona turística de Acapulco.

En 2006 se dieron casos de mayor impacto como el enfrentamiento en La Garita entre policías municipales y presuntos narcotraficantes del cártel de Sinaloa, el 27 de enero, en el que murieron cuatro integrantes de este grupo, y frecuentes ejecuciones de policías y presuntos sicarios de narcotraficantes incluyendo cinco decapitados.

De acuerdo con datos proporcionados por la oficial Secretaría de Fomento Turístico, el número de turistas extranjeros que llegan a Acapulco bajó 66.52 por ciento en 2005 respecto a 2004.

En el primer año, la afluencia de extranjeros llegó a un millón 15 mil 939 de turistas al puerto, y en 2005 bajó hasta 340 mil 694. Para 2006 no se observa una recuperación respecto a 2004, porque según las cifras oficiales, de enero a mayo se tenían registrados 281 mil 102 turistas.

En 2005, el número de extranjeros que llegan como turistas a Acapulco tuvo su nivel más bajo de la última década. Aún en 1995, se registró la llegada de 857 mil 013 turistas extranjeros a Acapulco; en 2002 tuvo su nivel más alto, con un millón 301 mil 655 turistas.

En conjunto, en los tres sitios de Guerrero que conforman el Triángulo del Sol (Acapulco, Zihuatanejo y Taxco), entre 2004 y 2005 el número de turistas extranjeros bajó 35.9 por ciento; es decir, de un millón 619 mil 376 turistas cayó a un millón 37 mil 453, y los últimos datos, de enero a mayo de 2006, registraban 682 mil 280.

La caída ha sido paulatina y se acentuó una vez iniciada la lucha entre los narcotraficantes por Guerrero: en 2000 hubo un total de 8 millones 24 mil 946 visitantes, de los cuales sólo un millón 495 mil 787 provenían del extranjeros. De éstos Acapulco recibió 781 mil 102; Zihuatanejo 443 mil 664 y Taxco 271 mil 21.

No obstante, en 2001 hubo un ligero incremento al registrarse un millón 673 mil 393. A Acapulco llegaron un millón 92 mil 276; a Zihuatanejo 352 mil 319 y a Taxco 228 mil 796. En 2002 la tendencia también fue ascendente al registrarse la visita de un millón 933 mil 803 turistas extranjeros a la entidad. En este año Acapulco registró un millón 301 mil 655; Zihuatanejo 399 mil 405 y Taxco 232 mil 743.

Sin embargo, para 2003 hubo un importante retroceso al disminuir 440 mil 23 el número de visitantes extranjeros en toda la entidad; esto es, los turistas extranjeros sumaron un millón 493 mil 780, caída que fue resentida sobre todo por Acapulco que tuvo 919 mil 447 visitantes, de un millón 301 mil 655 de año anterior. A Zihuatanejo llegaron 365 mil 346, mientras que a Taxco 208 mil 987. En 2004 se incrementó nuevamente la visita de los turistas extranjeros en el estado –aunque no pudo llegar al máximo registrado en 2002– con un millón 619 mil 376 y de los cuales un millón 15 mil 939 visitaron Acapulco; 381 mil 800 a Zihuatanejo y 221 mil 637 a Taxco.

El 2005 tuvo la caída más drástica en cuanto a número de turistas extranjeros en los últimos 11 años. De acuerdo con el informe de la Sefotur, registró en 1995 un millón 374 mil 703 turistas en el Triángulo del Sol, y en 2005 un millón 37 mil 453. De éstos, en Acapulco pasó de 857 mil 13 turistas extranjeros en 1995 a 340 mil 694. En 2005, sólo llegó a Acapulco 40 por ciento de los turistas extranjeros que una década antes.

II. La ciudad más insegura

Para 2005 Acapulco no sólo era la quinta área metropolitana más insegura de país –junto con Culiacán, Tijuana, Mexicali y Guadalajara– sino la ciudad donde la población menos confianza le tiene a sus policías, desde la preventiva y la ministerial hasta la Agencia Federal de Investigaciones y la Policía Federal Preventiva. Quizá por eso sólo una de cada 10 víctimas de algún delito acude al Ministerio Público a denunciar, y la coloca en el primer lugar en delitos no denunciados. En la misma posición se encuentra en lo que se refiere al desempeño de los Ministerios Públicos, cuyos titulares no hacen nada ante las denuncias de los ciudadanos victimados.

Son los datos fríos, duros, de la Tercera Encuesta Nacional Sobre Inseguridad presentado por el Instituto Ciudadano de Estudios sobre Inseguridad (ICESI) que se llevó a cabo en 2006. El documento de 89 cuartillas es un análisis comparativo efectuado en las áreas metropolitanas de 13 ciudades del país; diseñado y coordinado conforme a estándares internacionales y métodos estadísticos sugeridos por la ONU.

El informe indica que las 13 zonas urbanas seleccionadas –entre ellas Acapulco– concentran cerca de la tercera parte de la población nacional y en ellas se cometen un poco más de la mitad de los delitos en el país; es decir, 53.8 por ciento (6 millones 258 mil 307) de los 11 millones 810 mil 377 registrados a escala nacional.

Los delitos investigados por el ICESI son: robo de vehículos, robo de autopartes o accesorios, robo en casa habitación, robo con violencia y sin violencia a transeúntes, agresiones y delitos sexuales, los dos últimos en lo que se refiere a delitos contra la integridad y la libertad de las personas.

El estudio coloca a Acapulco en el quinto sitio en lo que respecta a incidencia delictiva con 20 mil 911 delitos por cada 100 mil habitantes, en una zona metropolitana que para 2005 tenía 715 mil 151 habitantes –según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía–, con lo cual casi dobla la media nacional de 11 mil 264 casos, pero por arriba de la Ciudad de México cuya cifra es de 20 mil 525 delitos por cada 100 mil pobladores. No así en lo que respecta al número de víctimas de delitos donde baja un peldaño; se coloca en sexto lugar –por debajo de Guadalajara y arriba de Cuernavaca– con 11 mil 592 por cada 100 mil habitantes pero rebasando la media nacional que es de 7 mil 109.

Acapulco tiene el primer lugar en delitos cometidos –de forma reiterada, multivictimas, le llama el informe– contra hombres (sobre todo jefes de familias) con 71 por ciento, mientras

que la incidencia baja a más de la mitad, en lo que respecta a las multivíctimas mujeres, con 29 por ciento.

La clasificación anterior indica que una de cada cuatro personas fueron víctimas reiteradas y en éstas se produjeron más de la mitad del total de los delitos.

De este modo Acapulco ocupa el quinto lugar en cuanto a mujeres victimadas reiteradamente se refiere, con 42 por ciento. Chihuahua por supuesto ocupa el primer lugar –de cada 10 víctimas repetidas, seis son del sexo femenino– con 60 por ciento.

Y si hubiera alguna duda respecto a cómo se cometan los delitos en Acapulco, el informe precisa que siete de cada 10 delincuentes portan armas de fuego a la hora de delinquir, lo que la coloca no sólo entre las ciudades con mayor inseguridad, sino entre las más peligrosas de México.

Del total de las víctimas en las 13 áreas metropolitanas del país analizadas por el ICESI, sólo 23.8 por ciento acudieron al Ministerio Público a denunciar. Acapulco está en el último lugar: sólo una de cada 10 víctimas acuden a interponer alguna demanda. Los motivos son variados, entre éstos se destaca uno que no puede ser más ilustrativo para un estado como Guerrero: la desconfianza en la autoridad. Según el informe, en Acapulco siete de cada 10 denunciantes señalaron que no pasó nada como resultado de sus denuncias interpuestas.

El dato pone al puerto en primer lugar en materia de negligencia oficial, por arriba de ciudades como Cuernavaca, Monterrey, Tijuana y Ciudad Juárez. Además, Acapulco es de las áreas metropolitanas donde en menor medida se logra detener a los presuntos delincuentes denunciados.

Hay otro dato revelador: menos de uno de cada 100 delitos quedan registrados en cinco áreas metropolitanas del país, entre ellas está Acapulco, que aparece en el tercer lugar.

El delito que más se comete en Acapulco es el robo con 12 mil 982 casos registrados y ocupa el quinto lugar en la tabla nacional en cuanto a esta incidencia delictiva. El número de víctimas de este delito es de 8 mil 784 por cada 100 mil habitantes.

Respecto a las víctimas de agresiones, son ocho ciudades las que presentan una prevalencia mayor al promedio nacional: Guadalajara, Ciudad de México, Villahermosa, Culiacán, Cuernavaca, Mexicali, Cancún y Acapulco.

En su apartado Distribución por sexo el informe indica que sólo en Villahermosa (51 por cientos), Monterrey (50 por ciento) y Cuernavaca (50 por ciento) las mujeres son más victimizadas que los hombres, pero Acapulco no se queda atrás, con sólo un punto de

diferencia (49 por ciento) también registra alto nivel de incidencia delictiva contra este sector poblacional.

Del total de agresiones que se cometen contra las mujeres, un porcentaje importante tiene lugar en la calle. Seis ciudades rebasan la media nacional de 37.4 por ciento. Acapulco se coloca en quinto lugar con 54.8 por ciento, según las estimaciones. No así en cuanto a agresiones a mujeres en transporte público, donde el puerto se coloca en tercer lugar con 17.7 por ciento, frente a una media nacional de sólo 7.91.

Y en cuanto a la proporción del tipo de delitos cometidos, el robo con violencia a transeúntes es el más registrado en Acapulco, donde cinco de cada 10 tienen esta modalidad, sólo abajo de la Ciudad de México con seis de cada 10.

La percepción de inseguridad que el ICESI registró en su encuesta indica que en Acapulco la gente tiene una alta sensación de estar desprotegidos en su estado; es decir: siete de cada 10 personas que viven en el puerto se sienten inseguros en Guerrero. Esta percepción sólo es rebasada en Culiacán y la Ciudad de México, donde ocho de cada 10 habitantes expresaron su inseguridad.

Mejora un poco la situación cuando se delimita la percepción de inseguridad al ámbito municipal. En este punto Acapulco se va hasta el quinto sitio donde seis de cada 10 habitantes se sienten inseguros en su municipio.

La policía preventiva municipal es el cuerpo de seguridad al que menos confianza le tiene la población de Acapulco. Según la información, Acapulco y Cancún –los dos destinos de playa más importantes de México– ocupan el primer lugar en cuanto a desconfianza a la preventiva municipal se refiere con 92 por ciento, aún arriba de Ciudad Juárez que tiene 91 por ciento de desconfianza. Los agentes de Tránsito municipal no podían estar exentos del estudio y en Acapulco gozan de la misma desconfianza que sus compañeros preventivos. Nueve de cada 10 habitantes no confían en ellos.

En las mismas circunstancias se encuentra la Policía Investigadora Ministerial de Guerrero respecto a la confianza que genera con los acapulqueños, donde sólo uno de cada 10 pobladores confían en ella. En cambio, la Agencia Federal de Investigaciones y la Policía Federal Preventiva gozan de más de confianza en los pobladores de Acapulco. En ambos casos cuatro de cada 10 habitantes confían en estas corporaciones.

Acapulco Dealer. Crónicas de la narcoviolencia en Guerrero, de David Espino, se terminó de estructurar para Biblits.com en agosto de 2011.